



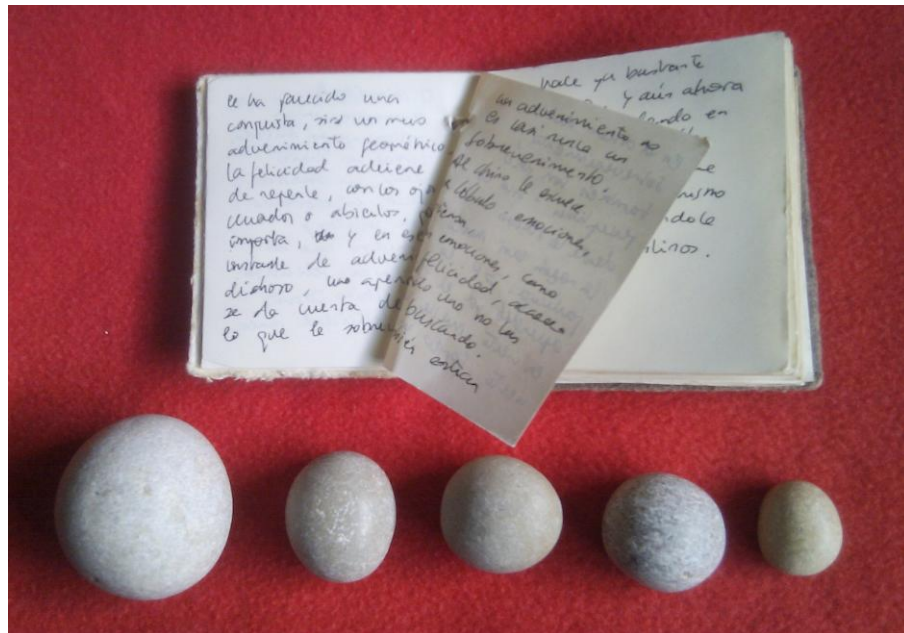
# DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE PALABRAS DISPARES



Vesna Editanda

LEIDNA  
ARAL

# DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE PALABRAS DISPARES



**Leda Lunchi**



**Vesna Editanda**

**A Enea,  
porque sin su espejo  
este diccionario  
no habría sido posible**

## Índice

Abuela, acepción 1).....	9
Abuela, acepción 2).....	10
Aderezo .....	11
Aficionado.....	12
Auga .....	14
Amor.....	15
Ángel.....	17
Anillo, acep. 2) Anillo irisado.....	19
Anzuelo .....	20
Año .....	21
Apagón .....	22
Arpillera .....	23
Asco.....	24
Avaricia .....	25
Badge.....	26
Barandilla .....	27
Bicéfalo .....	28
Brillo.....	29
Bucle, acepción 1).....	30
Bucle, acepción 2).....	31
Búho .....	32
Cafetera .....	33
Cajón .....	34
Campana.....	35
Candelabro .....	36
Cansancio .....	37
Canuto .....	38
Capa.....	39
Carne .....	40
Casilla.....	41
Ceja.....	42
Cena.....	43
Chafona .....	44
Chaqueta.....	45
Chinche, acepción 1).....	46
Chinche, acepción 2).....	47
Chubasquero.....	48
Cigarrillo .....	49
Clara .....	50
Cóctel .....	51
Colilla.....	52
Colmillo.....	53

Compra .....	54
Cómputo .....	55
Confesión .....	56
Construcción.....	57
Contención .....	58
Contraseña.....	59
Copia .....	60
Coriandro.....	62
Cortar.....	63
Cortejo.....	64
Crear .....	65
Cuadrícula .....	66
Cuatro .....	67
(Las) cuatro y diez.....	68
Dedo .....	69
Cuestión.....	70
Defensa.....	71
Delfín.....	72
Deixis .....	73
Desconocido .....	74
Diafragma.....	75
Diamante .....	76
Difícil .....	77
Destinado.....	78
Dormir .....	79
Drenaje .....	80
Embarazada .....	81
Embarazo.....	82
Empecinado.....	83
Enarcar .....	84
Entramado .....	85
Enterrar.....	86
Envidia .....	87
Escaparatista.....	88
Escaquearse .....	89
Escuchar .....	90
Acep 1) Ver: hablar .....	90
Acep 2) .....	90
Escurrir .....	91
Escurrirse.....	92
Especular .....	93
Espejo, acepción 1) .....	94
Espejo, acepción 2) .....	95
Espejo: el último espejo .....	96
Espojo.....	98
Estómago.....	99
Estropajo.....	100

Éxito .....	101
Fanfarria .....	102
Farola.....	103
Filamento.....	104
Fleco .....	105
Fotografía .....	106
Flor .....	107
Frente.....	108
Frontera .....	109
Gafas.....	110
Gallito.....	111
Garabato .....	112
Gargantilla.....	113
Gitanilla.....	114
Globo.....	115
Guitarra.....	116
Grifo .....	117
Hablar .....	118
Harina .....	119
Hebilla .....	120
Hermana .....	121
Hijos .....	122
Hombre ideal.....	123
Hoyuelo .....	124
Humildad.....	125
Inclinarse .....	126
Inocente (ver rímel).....	127
Insomnio.....	128
Jefe .....	129
Lapsus.....	130
Laringe .....	131
Leotardos.....	132
Letra, acep. 1) Letra literaria.....	133
Lila .....	134
Llave.....	135
Maceta, acepción 1).....	136
Maceta, acepción 2).....	137
Madre .....	138
Mancha .....	139
Manta.....	140
Máquina tragaperras.....	141
Matrimonio.....	142
Memoria .....	143
Mensajero .....	144
Mentirosa.....	145
Miedo .....	146
Migaja.....	147

Mochila.....	148
Moneda.....	149
Mordisco.....	151
Moscardón.....	152
Mota.....	153
Móvil.....	154
Movimiento.....	155
Mudo.....	156
Nariz.....	157
Niebla.....	158
Ordenador.....	159
Organdí.....	160
Paciencia.....	161
Página.....	162
Palabra.....	163
Pan.....	164
Pañoleta.....	165
Pañuelo.....	167
Pantorrilla.....	168
Papanatas.....	169
Paquete.....	170
Parada.....	171
Paraguas.....	172
Paredón.....	173
Pastillas Juanola.....	174
Pecas.....	175
Película.....	176
Pendientes.....	177
Perro, Aceptación 1).....	178
Perro, Aceptación 2).....	179
Persegúa.....	180
Sirenas.....	181
Piano.....	182
Pilar.....	183
Pipiolo.....	184
Pis.....	185
Piso.....	186
Plancton.....	187
Pluma.....	188
Poder.....	189
Polvorón.....	190
Posposición.....	191
Potus.....	192
Prieto.....	193
Pupila.....	194
Rabia.....	195
Ranura.....	196

Reactividad.....	197
Reblandecer.....	198
Reflejo, acepción 1 (ver espejo).....	199
Reflejo, acepción 2).....	200
Reloj.....	201
Rímel (ver inocente).....	202
Sábana.....	203
Salero.....	204
Sacudida.....	205
Sedimento.....	206
Servilleta.....	207
Silbido.....	208
Si no.....	209
Síntoma.....	210
Sobre.....	211
Soja.....	212
Sombra.....	213
Sopor, acepción 1).....	214
Sopor, acepción 2).....	215
Suspendido.....	216
Tachadura.....	217
Tango.....	218
Tatoo.....	219
Taza.....	220
Terrón.....	221
Tesina.....	222
Teta.....	223
Tinta.....	224
Tirante.....	225
Trago.....	226
Traspapelar.....	227
Triángulo.....	228
Túnica.....	229
Ubicuo.....	230
Vago.....	231
Vaivén.....	232
Valla.....	233
Vaso.....	234
Vecino.....	235
Ventana, acepción 1).....	236
Ventana, acepción 2).....	237
Viruta.....	238
Volcán.....	239
Voz.....	240
Vudú.....	241
Zapato.....	242

### *Abuela, acepción 1)*

Las abuelas siempre suelen ser las primeras que nos cuentan cuentos, e incluso podría decirse que las últimas, pues, aunque con los años dejamos de recordarlos, los cuentos de las abuelas dejan en nosotros la huella de un sabor exquisito que sólo probamos una vez en la vida. Por eso los cuentos y la niñez saben a lo mismo. Y también por eso, cuando invocamos a las abuelas raramente lo hacemos para que nos devuelvan a la niñez, y casi siempre para que nos digan qué cuento tenemos que seguir ejerciendo y cuál no.

## *Abuela, acepción 2)*

Mi abuela fue una mujer oronda, de pecho desmesurado y manos rechonchas. Cuando me abrazaba yo creía sumergirme en un nido de musgo del que nunca tendría que salir. Pero eso raramente sucedía, porque todos los cuentos terminan irremediabilmente con la palabra fin, que quiere decir tú mismo, vuelve a ti mismo, despierta, levántate y anda, enciértrate en tu cueva y observa el mundo que ya nadie te va a contar jamás.

Yo creo que si en lugar de en la cueva de mí misma me hubiera quedado en la ensenada pletórica del abrazo de mi abuela habría podido contra argumentar a Platón, a Aristóteles y al resto. Pero desgraciadamente ahora sé menos que todos ellos cuando eran recién nacidos.

## *Aderezo*

“¿Aderezo a aderés?”, dijo, porque no sabía bien cómo decirlo. Se le encallaban algunas letras, siempre las mismas, que se le permutaban en las palabras justo cuando las estaba pronunciando y hacían de él un espantapájaros papizotas y disléxico. “¿Me le ho puesti aderezo o aderés?”, volvió a preguntarle a la niña con un destello de angustia en los ojos, temiendo que ella se diera la vuelta de sopetón sobre sus talones y le estampara las puntas de sus trenzas en las mejillas. Pero la niña no se movió. Con una mano se meció una trenza, tirando del lazo de terciopelo azul marino, y clavándole sin miedo los ojos, le respondió: “Aderés. Llevis la pacheca aderés. Medeja. Te le volteo.”

Y entonces él reprimió una sonrisa, una carcajada, un brinco, una pirueta, y se limitó a esbozar una mueca de incredulidad mientras se quitaba la chaqueta.

## *Aficionado*

Aficionado estaba en realidad muerto cuando lo levantaron de la cama. El pobre viejo llevaba aguantando las peroratas de su nuera demasiado tiempo. La nuera no era mala, sólo exasperante. Jamás callaba y siempre opinaba de todo: de la vida y de la muerte.

Aficionado había sido notario, había viajado allende los mares, a las colonias, había trabajado incluso para el cuerpo diplomático. Pero una embolia lo dejó sentado en una silla de ruedas, encerrado en un piso de cuatro habitaciones en un suburbio de la capital, a pie de autovía, al cuidado de una nuera obsesionada por la peluquería, el color de las uñas y el aroma del ambientador que enchufaba por toda la casa, en todos los enchufes habidos y por haber: coco, lavanda, vainilla, jazmín, ajonjolí, playas tropicales, deseos lascivos, reposo del bebé, equilibrio ayurvédico.

Al pobre Aficionado se le fueron hinchando las narices. Después de pasar por todos los especialistas del centro de salud, alcanzó al fin al visitarle un inmunólogo: padece usted el síndrome de hipersensibilidad química. Hay que evitar todos los compuestos químicos que puedan provocarle una reacción alérgico-anafiláctica, porque se le obstruyen los bronquios y se podría ahogar.

La nuera tiró el perfume del abuelo, la lejía, el desinfectante con desinfectol plus y la cabeza de ajos, y empezó a fumar en la terraza. Y para ayudar al pobre Aficionado, le enchufó para él solo, en la habitación, cinco ambientadores líquidocinéticos de aromas combinados: vejez tranquila, espliego veraniego, brisa de Tahití y recórcholis no sé qué.

Al día siguiente, Aficionado no se levantó de la cama. Yacía tranquilo, con una media sonrisa en la cara y un pomo de violetas en la mano. Cuando le

enterraron, su nieto Pepe notó en el ataúd un rastro del mismo perfume que utilizaba la vecina del tercero.

## *Auga*

- ¡Auga no es nombre de ficción, es nombre de mortaja! -gritó el director entonces, enojado hasta las orejas.

Encima del escenario, la madera resquebrajada crujía bajo los pies de Dorita, que se sorbía los mocos intentando recordar en vano el inicio de su réplica. La atronadora voz del director provocaba en su memoria el efecto de un huracán, le arrancaba las líneas, los signos de puntuación, las terminaciones que le servían de enlace para recordar su parte.

Dorita se quedó en blanco.

- Cuando Auga llegó no se veía ya la niebla. Parecía que el día se había despejado por completo. Y sin embargo a él le cubría aún el velo de una noche turbia, y tenía el gesto torcido. Yo me asusté, Ginés, y me escondí detrás de su delantal raído. Pero Auga no se arredró: “Capataz, le dijo, ¡arriéndeme las yeguas!”

-¡Enjaéteme, enajaéteme, enjaéteme! ¡Carajo, Dorita! ¡Tiene usted menos memoria que una lagartija tuerta! -volvió a atronar el director. Y levantando la botella de whisky hasta el codo, dio un trago irremediadamente largo y repuso- ¡Esta obra va a ser un fiasco, por Dios! Pero quién lo lamentará en ese páramo aldeano, polvoriento y muerto de asco. Para los cuatro viejos que vendrán, incluidos el apotecario, la mujer del alcalde y la loca del Caserón del Conde, francamente... ¡Dorita, baje ya del estrado! Nos vamos a comer usted y yo un buen bisté con papas fritas.

## *Amor*

“¿Vale en el amor la taza llena que gotea de vez en cuando al verter una y otra vez el agua bendita, como si en ese movimiento coital pretendiera única y exclusivamente seguir siendo una taza sólo, un pedazo de loza moldeada por manos cuarteadas y cocida al sol como en el gesto primigenio tantas veces otorgado al dios creador?”

“¿Valen en el amor la taza llena o la taza vacía o la taza resquebrajada o desconchada, o amputada de su asa y de su plato, de loza ya cansada por los vientos y por las aguas tormentosas y turbias de los demonios?”

“¿Quién vale pues, en el amor, el dios o el demonio, o ambos, enzarzados en una lucha alternativa de sonrisas y lágrimas, de conquistas y concesiones, de alumbramientos y fallecimientos sucesivamente alternados para demostrar quizá que no se puede detener la vida, que en esa detención se alumbra la nada que lo engulle todo, lo mismo al demonio que a dios, que a la lucha o al amor?”

“Amor dilapidado, dirían algunos. Amor de tragedia, perdido, hundido como bajel en las simas marinas de todos los mundos.

“¿Cuándo vence y se encumbra y resplandece el amor si el movimiento constante lo distrae y enajena?”

“Amor ha de ser pausa y silencio”, dijo dios entonces.

Y todos se callaron y empezaron a amar.



## *Ángel*

- Un ángel gélido.
- No.
- Los hay también ¿Lo sabías?
- Sí.
- ¿Dónde lo viste?
- Hacía sol, no llovía. No sé.
- ¿Dónde lo viste?
- No lo vi. No alcancé a verlo. Pero hacía sol, no llovía. Estaba ahí.
- ¿Ahí, dónde?
- Ahí, detrás de unos matojos o de una magnolia, no lo sé. No recuerdo.
- ¿Le viste la cara? Di, ¿le viste la cara?
- Los ángeles no tienen cara. No pude vérsela.
- ¿Pero no era gélido?
- No, no lo era.
- Pero no se quedó.
- No, no se quedó. Tenía las manos arrugadas y los pies cansados. Eso lo sé bien. No se quedó.
- ¿Y se lo pediste?
- No, no se lo pedí. A los ángeles no se les pide nada. Son libres.
- ¿Libres de irse incluso? ¿Libres de no decirte hacia dónde tienes que andar?
- Los ángeles son libres. No tienen rostro ni hielo. No permanecen junto a uno cuando se pierde. Deberías saberlo.
- Cómo podría. Yo sólo encontré una vez un ángel gélido.
- No le miraste bien. Si le hubieras mirado las manos lo habrías sabido. Los ángeles NUNCA se quedan.

- Ah.

### *Anillo, acep. 2) Anillo irisado*

El anillo irisado era como un iris, es decir, como un ojo. Escrutaba disimuladamente sin invadir, apaciguado en su engarce cómodo, sentado en una montura que le iba como anillo al dedo.

El iris del anillo irisado nunca fue chillón, ni estruendoso; nunca pretendió ostentar como piedra semipreciosa; y por lo mismo tampoco intentó nunca llamar la atención por su brillo, o por el peso en quilates de su conjunto, o por la originalidad impostada de su diseño.

El iris del anillo irisado imantaba, eso sí, desde su sencillez silenciosa imantaba la atención de todos los ojos inquietos, irremisiblemente fascinados, extasiados, abandonados a la contemplación de sus tornasoles y del mensaje en ellos contenido.

El anillo irisado era un talismán despierto.

## *Anzuelo*

Veamos ¿Cuál es la idea del anzuelo, esa textura que se invoca y se materializa en la mente cuando la mandíbula susurra, sin vocales ni consonantes distinguibles: “anzuelo”?

Anzuelo, dicen. An, apócope de anda; y luego zuelo, que para muchos es el mismo suelo que pisan. Tierra, pies, polvo; polvo con huella, barro con efigie. “Anda, sé, aférrate”, dicen a un tiempo, “Aférrate al suelo y baila”.

## *Año*

Hoy en el año veo alzar el vuelo. ¿A quién? ¿a un ave? ¿a un hombre? Algo alza el vuelo y se levanta para hendir el aire. El año trae aire y algo como una bocanada cálida y viva de amebas del desierto. O de un vergel quizá. Árboles frutales y flores vírgenes de corolas pintadas con colores inventados.

Pero en el año también veo un invento. ¿Quién inventa? Yo. ¿Qué invento? Invento el invento del yo y del mundo. También invento el aire y esas flores que están por venir. Podría inventar un abrazo, pero los abrazos siempre se encajan luego, tras el amanecer, cuando el sol alcanza su cénit y todo se alumbra con una luz de paleta inédita

¿Qué es pues lo inédito? Lo que está por venir. Veo en el año lo inédito, lo imaginable pero aún no visto. Lo podré tocar y oler y lamer. Lo podré balancear con los dedos para que se acontezca con la lentitud de un tiempo más posible, más sosegado. Porque también en el año veo el sosiego que se desprende de un hálito lento y pausado, de un tiempo de latido.

Hoy en el año veo un latido rojo y constante que vino del útero y de antes, del mundo. Hoy en el año veo el latido del mundo, que es el latido de una ola, de un balido de oveja recién nacida, de una aureola de cántaros cremosos, de una mano de fiebre y otra de deseo.

Qué extraño. Hoy en el año veo deseo, un deseo prudente, pudoroso. Un deseo cubierto por los siglos de los siglos.

## *Apagón*

-Eres un Apagón, hombre, que con esas luces de faralaes que llevas en la capa y en los pantalones y más allá. Vas apagando la luz de los ojos de los espectadores.

Apagón ladeó la cabeza:

- Me estás llamando Apagón sólo porque llevo las luces puestas?

-Sí

- ¿Y qué quieres que haga, si me olvidé las gafas? ¿Que ande a cuatro patas como los lobos? ¿O que me ilumine artificialmente para ver dónde piso?

-A mí me pisaste un día.

-Y a mí,

-Y a mí -replican con voz estridente un coro de rubias platino con zapatos de tacón aguja y sofisticados bolsos.

- ¿Y tú me lo preguntas? –suelta Apagón de repente, mirando con sus pupilas mi pupila azul. - Apagón, eres tú.

Y en parte tiene razón, porque me olvidé mi preciosa linterna de nácar para alumbrarme el camino hacia el acantilado.

Aunque no me importa. Porque llevo alas. Y tengo pensado salir volando en cuanto pueda.

## *Arpillera*

“AR, pillera, pillastra”, le gritaba al mulo el mulero, en esos tiempos en que la mula era lo más parecido a un amigo íntimo y el mulero lo más parecido a un chamán moderno.

Al Mulero le conocían por su nombre de pila -Madgaleno-, pero nadie le llamaba así. No era propio, no era de recibo, decían. Porque si el Mulero era sabio y listo y de encomiar, había que llamarle así, el Mulero.

Las ancianas del lugar contaban que Mulero sólo había uno, porque no lo engendraba ni lo paría mujer mortal alguna, y ni siquiera era de padre desconocido; sino que el Mulero era siempre y eternamente el mismo, que debía rondar por los 1434 años y no le cambiaba el rostro ni la voz, aunque a fuerza de que todos se fueran muriendo a su alrededor salvo él ya nadie recordaba que él no moría nunca y seguían pidiéndole consejo y mandándole a por recados diversos.

Hasta que llegó el coche al pueblo.

Y se murió el Mulero.

Y acto seguido el pueblo se despobló.

Y desapareció del mapa.

Y hoy sólo queda entre las cuatro paredes caídas de la iglesia una lápida que reza: al Mulero, el más querido de los amigos.

Pero nadie recuerda haber encargado la lápida.

## *Asco*

“¡Qué asco!”, dijo. Y luego echó a reír levantando la barbilla y desparramando su mata de pelo rojizo y ensortijado como si quisiera ahuyentar los asquitos voladores que le merodeaban el rostro y que a menudo amenazaban con anidar en su lagrimal meticulosamente arado.

## *Avaricia*

¿Qué le sucede a la avaricia que come sin comer y vacía sin llenar y pretende conjugar lo antitético sin hacer antes lo tético o lo titánico, que es lo mismo, y al fin se conforma con una vacuna antitetánica contra el virus del óxido, al que odia profundamente, porque en realidad le corroen las entrañas y lo único que adora sin ambages es el metal vil, el metal inmanente e incorruptible como el cuerpo incorrupto de Santa Tecla, como si a través de esta escapatoria o de esta analogía lo que pretendiera fuera no gastarse ni desgastarse un ápice para asemejarse a dios, al que también envidia profundamente, sin desprenderse siquiera de una única célula sintiente, la única que le permitiera sentir sin tapujos ni reservas?

## *Badge*

La primera vez que vi un badge no pude evitar asociarlo con el fudge, esa porción de pastel de chocolate amazotado y denso que se come en ciertas latitudes sin miedo al empacho ni pudor al despecho.

Por eso, la primera vez que me dieron un badge con mi nombre escrito en letra impresa no pude evitar sentir un ardor de estómago parecido al que le sacude a uno en un ágape familiar o protocolario, el clásico ágape en el que uno se queda amarrado a la silla con el estómago lleno de plomo o de piedras –como el lobo después de comerse a la abuela-, ese instante preciso en el que ya no se puede articular palabra, ni siquiera asentir con sonrisa de comensal porque todos los ojos de uno están anclados en el revoltijo de fudge centrifugándose lentamente en el estómago a la espera de poder emitir un eructo irreprimible que quiebre la pesadez del mundo.

## *Barandilla*

“Baranda, Baranda, ¿dónde estás?”

Éstas fueron las palabras que, en su lengua ancestral, derivada de una raíz del indoeuropeo bajo, pronunció Semilla para invocar su pérdida.

Ella no sabía entonces que las barandas europeas, las más actuales, retenían y protegían a los seres de las caídas, o les dejaban observar la vida que fluía bajo sus ojos con un gesto de cadera ladeada y cuello inclinado. No, ella no sabía todo eso porque aún no había visto ni una baranda ni una barandilla, porque aún no había podido reposarse y ver pasar la vida bajo sus ojos.

Por eso, cuando al fin la vida le hizo cruzarse con esa providencial baranda que le devolvió la mirada, Semilla murmuró: “Trampilla, trampilla, ¿dónde estabas?”

## *Bicéfalo*

En la mitología antigua hay muchos dioses menores bicéfalos, pero por lo general se trata de dioses que presentan cabezas combinadas o antagónicas, alegóricas como la vida misma, como un traje que sólo es traje cuando se combina de manera acertada, en el corte y en la tela, en el estampado y el pespunte de los bolsillos, dos piezas continuas y yuxtapuestas y a la vez segmentadas y distintas, una para el norte, y la otra para el sur; una para el torso, para resguardar y cubrir y decorar todas las vísceras digestivas y aéreas, y otra para proteger y salvar los pilares que nos enchufan a la tierra y los órganos que nos conectan con el goce y el génesis.

Lo cierto es que también en el libro del génesis hay un ser con dos cabezas, aunque aparece nombrado por separado, con el nombre distinto de cada una de las cabezas que lo componen: Caín y Abel, que en arameo antiguo quiere decir Ira y Amor.

## ***Brillo***

El brillo de una voz a oscuras, súbitamente iluminada por una vela tenue de azufre en unas galerías subterráneas de roca excavadas por el hombre. A esas profundidades el brillo deviene, más que un rasgo accesorio, un signo esencial de vida y posibilidad. En las grutas abruptas, alumbrándose con una linterna combustible, un hombre de cara hollinosa anda y se ríe. Ve el resplandor de la salida, oye ya los pájaros que trinan con un destello nuevo. Pero él aún no se da cuenta; aún lo más precioso que conoce es lo que empuña con su mano cuarteada: la luz brillante de una llama ignífuga, el brillo de un fragor de vida. Luego, al fin, cruza el dintel de la última caverna y el sol le ciega los ojos. Le ciega los ojos y él llora. Y al fijar con desesperación la vista en su linterna mágica no la ve brillar, no la ve brillar ni vivir. La luz se ha muerto.

### ***Bucle, acepción 1)***

Antiguamente a las hebillas se les llamaba bucles. Eran tiempos en los que a los seres no les ataban recorridos concretos de trabajo o soles artificiales o cables conectados y enchufados por doquier con los que uno siempre terminaba tropezando. No.

En esos tiempos en los que a las hebillas se les llamaba bucles los seres sólo tenían un único recordatorio de su naturaleza atada o circundada, su naturaleza de paquete o madeja. Entonces, cuando tenían que acordarse de que eran seres circundados, rozaban con las puntas de los dedos del bucle, y luego recorrían todo el perímetro de la cincha de cuero que les rodeaba la cintura y se decían: “Así es, arriba de esta frontera se halla el cuerpo superior; abajo el inferior. Y a pesar de todo yo sigo siendo el mismo cuerpo entero que dios puso en esta tierra. Continuemos pues.”

Y tras decir esto cogían las riendas de la yunta de bueyes y continuaban surcando los campos a la espera de que surgieran los frutos.

## ***Bucle, acepción 2)***

“De los bucles, ¿se sale o no se sale cuando se produce ese encalle o ese salto que lleva del bucle a la vida, y de la vida a la muerte?”

Tras escribir esto, Pepito resopló varias veces, se desabrochó los pantalones, cogió con los dedos cuatro frutos confitados que navegaban libremente por encima del escritorio y dejó caer la pluma al suelo, de punta, para que algo se quebrara, para que algo terminara encallándose o saltando y le permitiera reanudar su escrito sin resoplar, sin tener que cambiarse de pantalones o decidirse de una vez por todas a acudir al barbero.

Llevaba ya varios meses igual, dejando crecer su panza, aumentando de talla cada semana, sucumbiendo a la tentación de la mugre, incapacitado para el jabón o la colada, incapacitado para las flores o las sonrisas.

Tras ese breve pensamiento, Pepito sonrió de repente. Tenía un nombre, un nombre propio risible y ridículo. Si acaso lograba podarlo, cuartearlo, convertirlo en una apócope digna, quizá llegaría a ser alguien.

Al día siguiente, con tres kilos menos, Pepe Hito salió a la calle y se compró un traje chaqueta de cachemir.

## ***Búho***

“Búho viene del latín ‘buió’, que quiere decir oscuro, nocturno. Porque lo que está claro es que el búho es el ave nocturna por excelencia, adorada por sus ojos tornasolados y amplios, aventanados y aventados por los dioses de la noche. Al búho le brillan las plumas como si fueran de feldespató o de magma solidificado; al búho le tiembla levemente el pico, nariz u hocico, camino húmedo, cálido, modesto”.

“Se le olvida algo importante, Herr Doctorr Ernslich”, interrumpió repentinamente Fraülein Sonnen: “El búho es un ave de rapiña.”

Y dicho esto, le echó un tomate en plena cara.

## *Cafetera*

Vertía la cafetera acompasadamente su petróleo arenoso cuando se dio cuenta de que la estaban observando fijamente y entonces cerró de golpe la tapadera y frunció los labios en un mohín displicente. Y sin permitirse siquiera ladear el torso para ver los ojos que la estaban mirando, tosió casi inaudiblemente y manchó el mantel blanco de lino. Luego, avergonzada, permaneció erguida en el centro de la mesa hasta que le dieron permiso para retirarse.

## *Cajón*

Un montón de cajas apiladas en orden decreciente y rematadas por una tira de atrapamoscas, rematada a su vez con un terrón de azúcar de caña dentro del cual se esconde inevitablemente una mosca de broma. Qué broma, la de la escultura o esculpición o estulticia o explosión o exclusión del cajón. Cajón es sinónimo de escalpelo.

## *Campana*

En 1838, Jürgen Roestlich, investigando acerca de la dinámica de los fluidos, descubrió la campana vacua que, con el tiempo, sin siquiera mencionar a su descubridor originario, el filósofo y protopsicólogo Jürgen Riestlich rebautizó como “Síndrome del Horror Vacui” en su obra “Disfunciones magistrales”, obra que pronto se convirtió en un bestseller y que, en sólo tres años, fue traducida a veintitrés lenguas.

Hoy día ya no queda rastro ni memoria ni de Roestlich ni de Riestlich; y, sin embargo, tanto el viento como el hombre siguen teniéndole el mismo pánico al vacío.

## *Candelabro*

La fantasía absoluta de todo ser al que se le entrega un candelabro es hallar mentalmente el objetivo preferido, el más indicado y deseado al cabo de tantos yerros y quebraderos de cabeza como los que nos depara la vida... Es decir, hallar mentalmente por fin a ese ser merecedor de un topetazo seco y certero de candelabro en medio de su crisma repleta de maledicencia y víboras para que, tras el golpe, cual sacudida de alfombra o de tapete polvoriento, salgan volando maledicencia y víboras y se evaporen y se decanten y sedimenten al fin en forma del polvo que todos seremos algún día, si dios no lo remedia.

## *Cansancio*

“Ahuyentemos a todos los ratones de reino”, dijo la mayordoma. Pero entre tanto cansancio, los súbditos se tumbaron a roncar y llenaron el bosque de un murmullo sibilante como el de mil serpientes, y ni siquiera hubo que ahuyentar a los ratones porque se fueron solos,

“Podemos todos los árboles del bosque”, dijo la mayordoma. Pero los súbditos estaban tan cansados que se tumbaron y empezaron a bracear durmiendo, y con los brazos espantaron a los pájaros, que se posaron en las ramas, que se cimbrearon con el peso de tantos cuerpos emplumados, que se resquebrajaron y se cayeron a montones, golpeando aquí y allá las testas cansinas de algunos súbditos desprevenidos. Y los árboles fueron podados y la mayordoma, cansada de dar órdenes, miró unos instantes la luna llena y se fue a dormir.

## *Canuto*

“Con los canutos, quiero decir, con los canutillos de las plumas de los patos del jardín hacíamos plumas; hacíamos plumas para escribirnos con tías y primos, con amigos y amantes, nos escribíamos rasgando la pluma sobre el papel porque ese rasgueo nos recordaba la espera y el esfuerzo, porque en el canutillo estaban todas las respuestas, porque sin tinta, mijito, no habríamos sido.”

Y se detuvo la abuela, y no, no quise decirle que también habíamos volado y rasgado el esfuerzo y la espera nosotros, los desahuciados por la historia, los olvidados por los dioses; nosotros que no habíamos sido nada también intentábamos tocar el paraíso y las tierras y saltar y volarnos.

Y pensé, aunque no se lo dije, en todos los canutos fumados con Juanjo y Mario, con Milonga y Héctor. Y me callé y no pude decirlo en ese momento, y apenas podría decirlo ahora en voz alta, ahora que ya Juanjo y Mario fueron desaparecidos por el dictador; ahora que ya Héctor y Milonga no están, cruzaron los mares y no están, se fueron allá, a Europa y no están.

Y yo sí, yo estoy, yo sido estando, con canuto y sin él, en esta tierra yerma de gritos y sangre, en esta tierra de mi Izquique.

## *Capa*

“Capa a capa se deshace el mundo”, le musitó Job a la oreja de Dios. Y Dios frunció entonces el entrecejo, se rascó la oreja y dijo: “Por Dios, esto no lo había previsto”, y se encerró en su laboratorio para formular un aglutinante universal que fijara todas las capas posibles. Pero mientras tanto, los hijos de Job ya estaban arrancando la tercera capa, mientras silbaban un salmo viejo sobre un cordero de dios.

Y cuando con un escalpelo y un martillo procedieron a levantar el revoque de la cuarta capa, les salió debajo un paisaje tornasolado y crisálido, de luz lejana, que les sonrosó las mejillas. Y llamaron al patriarca, que, al acercarse, se levantó la túnica hasta el ombligo, soltó una risotada franca y masculló: “Por Dios, hemos dado con el ojo de Dios”. Y cuando justo iba a meterle el dedo, Dios parpadeó y se hizo de noche y el patriarca y los hijos de Job cayeron en un sueño profundo del que, al despertar, sólo recordaban haber conocido un aliento suave en la nuca como un beso de ninfa, y escribieron un poema épico para cantarlo al trabajar, mientras seguían intentando descascarillar unas capas que se habían aglutinado ya para siempre.

## *Carne*

“Y serás carne de mi carne”, le dijo mi abuela a mi madre. Y mi madre, seguramente porque entonces sólo era un neonato pasivo no lo entendió del todo y sólo alcanzó a oír: “YU serás madre de mi madre”.

Y eso fue lo que luego me transmitió, desde siempre, desde las franelas obligadas y los canesús de batista, desde mi ceguera infantil y mis palabras resabiadas. “Serás madre de mi madre”, me decía siempre, cuando yo no alcanzaba a descubrir el sentido oculto de las cosas. Y lo cierto es que así crecí, siendo madre de mi madre, sin siquiera cambiar el nombre ni el sustantivo, acogiendo para los siglos aquella madre hija que no conocía otros verbos.

Hasta que, al fin, al fin, al fin, al cabo de casi cuarenta años, en un funeral, mirando fijamente un féretro de roble y empuñaduras doradas, oí: “Y serás carne de mi carne”, y vi la sonrisa franca de mi abuela y sus ojos chispeantes y su pecho abundante y me reí con ella y nací.

## *Casilla*

Qué raras, esas casillas circulares, circunféricas, que no tienen aristas donde poder ponerles los puntos cardinales. En un mundo de casillas redondas las gentes se ríen sin más, saltan a la pata coja y no se peinan ni los festivos ni en las fiestas de guardar.

## *Ceja*

Cuando uno enarca las cejas es porque, a fin de cuentas, desea trazar un arco completo, o mejor dicho, dos arcos que se unan en un vaivén de vida, que completen los 360° de los que está hecha la materia para poder suspirarse al fin y sentir que no se le acaba el camino, que tras el próximo recodo no surge ante sus ojos un acantilado insalvable, un foso, una sima, un precipicio, una caída. Para eso se levantan las cejas, para compensar el movimiento eterno de los cuerpos y evitar la caída definitiva.

## *Cena*

Una cena consiste, a fin de cuentas, en la ingestión ordenada y protocolaria de una serie de alimentos guisados para gustar. Eso dice la norma. Eso intentaron inculcarnos desde el principio los padres fundadores de la vida. Hasta que descubrimos que la cena era sobre todo una escena, en presente y en activo: *escena*. Entonces, empezamos a imaginarla y a fabularla en nuestras mentes ávidas de sabores, de personajes y cuentos de las mil y una noches. Y convertimos la vida en una sucesión imparable de escenas de interior y de exterior, austeras o abigarradas, picantes y desaladas, diurnas y nocturnas, de mesas y alcobas. Y al fin fuimos la santa cena y alcanzamos el éxtasis.

## *Chafona*

La chafona no era peleona, desde luego. Ni regalona, claro; ni leona, por favor. La chafona era sólo eso: una chafona, pisando huevos y deleitándose en el crujir de las cáscaras bajo sus pies, pues le daba igual si dentro había o no posibles pollos, o si estaba boicoteando las posibles tortillas alimenticias de su hija, devota de la tortilla como ingestión necesaria para la supervivencia.

El caso es que, a diferencia de su hija, Chafona nunca se plantó qué era primero, si el huevo o el pollo, porque si se hubiera detenido siquiera unos instantes a pensarlo, siquiera una bocanada de tiempo suspendido, entonces habría desencadenado todo su pensamiento atrancado y oxidado, y habría empezado a hilvanar cadenas: qué es primero, la nube o la lluvia; qué es primero, el llanto o la lágrima; qué es primero, la sal o el baño; qué es primero, el roce o el abrazo.

En fin. Si hubiera sido así Chafona se habría quedado apaciblemente sentada en la posición del pensador clásico escrutando admirativamente a sus pies una caja de cartón con una docena de huevos llamativamente rubios.

## *Chaqueta*

Cubrió el cuerpo como sólo lo saben cubrir los paños cuidadosamente cortados en geometrías precisas y elaboradas cuya sabiduría a menudo arranca bostezos. Pero esa chaqueta no arrancó ningún bostezo, sino un único suspiro de admiración tras el cual se escondía una complacencia cobarde hacia la piel de áspid, cobertura ignífuga e hidrófuga por excelencia que muchos creyeron hija de dios y liberadora de la muerte.

### *Chinche, acepción 1)*

“¿Cómo sería que el chinche, él mismo, aún nunca había conocido su nombre? ¿Cómo sería que nunca antes había sido nombrado o llamado o susurrado? Nunca una caricia acompañada de un murmullo con su nombre; nunca una invocación, o una batalla; nunca una imagen detallada con sus rasgos y, al pie, la rúbrica que había de identificarle. Nunca su nombre, nunca.”

Así le oí hablar aquella noche, perdidos nuestros pasos por tierras ajenas, sumidos en un sopor de humo y alcohol en el aire, pegajosos de un tiempo de espera.

“Nunca mi nombre, nunca”, musitó Chinche, apurando su ron de caña, sin mirarme a los ojos.

Y entonces yo, sin haberlo siquiera pretendido, con un silbido de serpiente maldita, le repetí al oído: “Chinche, chinche”.

Y él, creo yo que, desde aquel día, fue expulsado para siempre del paraíso.

## *Chinche, acepción 2)*

El primer chinche fue expulsado del paraíso, según dicen, porque el orador mismo pronunció su nombre, aunque yo creo más bien que fue porque, a pesar de que Chinche lo conocía perfectamente, se había pasado toda su vida intrigando para que nadie lo pronunciara en voz alta. Así que ya ven ustedes, en lugar de ser Chinche el maldito, al final de esta historia fue su nombrador, que a su vez había sido nombrado tiempo antes, aunque sin un descalabro tan monumental. En resumidas cuentas, a Chinche como a Chinche, nadie le ganó nunca. También su nombrador lo sabe, y dios por encima de todos ellos.

## *Chubasquero*

“Chubasquero, ven”, le dijo. Y el perro corrió con sus tres patas hábiles y le lamió muy lentamente las cejas, y luego volvió a rascarse el mismo fragmento de piel y pelo llagados y se acurrucó para dormirse. Y pasaron, no sé cuántos, tres o seis o incluso doce minutos muy lentos, escanciados por un péndulo tenaz y eterno, e intentó cerrar los ojos y pensar en algo, un mar de verano o de mieses, un mar de árboles o de girasoles. Pero no conseguía salir de aquella única imagen en forma de puerta entreabierta entre la luz y la noche, de olor a sudor y a semen mezclados, respunteando la escena un gemido o una risa susurrada, no sé; y detrás o delante de la puerta nada, y ella con nada ya, ninguna imagen de mar o sudor o semen en la mente; y abrió los ojos y volvió por enésima vez a decir lo mismo: “Chubasquero, ven.”

## *Cigarrillo*

No fue un cigarrillo, sino un grillo, el primero en quemar los rastrojos, después de dos días y dos noches sucesivas de haber estado llenando el aire con su chirrido de llaves oxidadas. Fue su chirrido, y no la lumbre, lo que alumbró y cegó el aire, lo que humeó y atronó los cielos. Y luego se fue el grillo andando tranquilamente a cantar a otros páramos. Y su silencio fue peor que la llama eterna.

## *Clara*

Clara es el nombre de mi hermana. Mi hermana se llama Clara. Clara es un nombre de luz, como Lucía, Alba o Sol. Sin embargo, la luz de mi hermana es una luz extraña, que en lugar de ponerse en la cara o en las manos permanece casi siempre encerrada en sus pupilas. Mi hermana Clara aún es pequeña. Sólo tiene tres años. Por eso aún no anda ni habla. Mamá dice que es porque le falta luz, porque toda se le queda encerrada en las pupilas, porque, aunque nació de día, Clara es como una noche sin estrellas. Pero yo sé que aun en una noche sin estrellas siempre está Luxor, el lucero del alba. Y que Clara la guarda en lo más profundo de sus ojos para el día en que yo le pida que la comparta conmigo.

## *Cóctel*

Al cóctel asistieron gentes de todos los pelajes y condición, pero lo que predominaba eran esencialmente mujeres jóvenes con collares de perlas y vestidos de *paillette*, con las uñas pulcramente pintadas a juego con los zapatos y los pendientes, y también una colección indistinguible de hombres fornidos y apuestos de cabeza hueca tocados con sendos chaqués de una gama limitada de negros. Los había de negro carbón, de negro alquitrán, de negro mosquito, de negro tinta, de negro noche y de negro soledad.

Por eso en el cóctel las mujeres se apareaban indistintamente con el negro que les quedaba más cerca, y los hombres de chaqué y cabeza hueca, sin esbozar mueca alguna de agrado o de asco, las agarraban por el brazo derecho y se las llevaban a un reservado.

## ***Colilla***

Algún día, al tirar una colilla por la rendija de la rejilla de la cloaca, se oirá un bum explosivo y todo el vecindario saltará por los aires.

## *Colmillo*

Colmillos era un podenco pelado, con manchas de color café desvaído y cuatro pelos escasos en un hocico envejecido a fuerza de oler a humanos desaprensivos. Pero Colmillos era sobre todo Colmillos porque justamente le faltaban los cuatro incisivos y porque ni siquiera podía roer un hueso de cabrito. Y así, inválido y víctima de la crueldad de los hombres, Colmillos había trotado por las calles de los bajos fondos sin prácticamente dientes con los que seducir a las hembras, oyendo invariablemente el grito de “¡Colmillos!” seguido de “¡Ja!” y luego aún, “¡Te encontré un dentista, colmillos!” o bien “¡Chúpame la sangre, colmillos!”.

Por eso una gata persa, de buena cuna, se lo llevó un día, abrazándolo con fuerza como a un bebé y lamiéndole ya para siempre sus lagrimales flojos.

## *Compra*

La verdad es que la compra del piso fue una odisea, y no porque fuera especialmente complicada, sino porque el día de la firma los papeles sufrieron una extraña mutación, una metamorfosis única que dio lugar a un cúmulo de despropósitos y malentendidos.

Por ejemplo: en la cláusula primera relativa al traspaso ínclito de la propiedad transversal por parte de la primera parte, apareció un agujero roído como de ratón por el cual, justo antes de estampar la firma el notario, asomó el hocico de una lagartija verde loro, sonriendo como si pidiera que le hicieran cosquillas.

Luego, tras este avatar imprevisto, aún apareció en la cláusula segunda, detrás de la segunda coma, un clavo oxidado de oro falso; y un poco más adelante, tras el punto y aparte, un nido de pájaro hecho de hebras de boj; y aún, antes de llegar al epígrafe primero de la cláusula segunda, justo en el espacio en blanco, dormía la siesta un jabalí de rayas multicolores; y después de la primera mayúscula de la disposición final, un trozo de tarta de almendras y chocolate dibujaba una y.

El caso es que ambas partes reaccionaron de forma antitética: mientras la primera, con los ojos desorbitados, resoplaba intentando atenuar un súbito e imparable infarctus infarctendi, la segunda se dedicó a acariciar la lagartija, se metió el clavo de oro falso en el bolsillo de la camisa, puso cuidadosamente el nido de pájaros en el balcón, ofreció su cama de invitados al jabalí y, finalmente, antes de rubricar elegantemente el contrato de compraventa sin siquiera haber terminado de leérselo, se comió la tarta relamiéndose los dedos con una sonrisa inequívoca.

## *Cómputo*

Qué sucio y resucio ese contar indefinido, ese alineamiento de las cifras ordenadas, parcas, erguidas, unívocas. Como si dios hubiera alguna vez construido algo unívoco para que nos distrajéramos. No. No podemos distraernos. No podemos alzar los pies y dibujar muecas perennes de baile. No podemos bailar la danza de la muerte como si no nos obligara a trasegarla tras nuestro como una compañía non grata. Porque al fin –y también tú lo sabes- se desatan las tormentas y en esa lluvia y en ese viento se nos olvida el cuerpo, se nos olvida el cuerpo y los ojos dejan de ver y luego, aún, se nos impregna la sangre y nos sumergimos en ella al precio del oro. No podemos olvidarnos del cuerpo. Debemos rozar con la piel toda la tormenta, toda el agua, todo el viento, dejar de contar como si los números jamás hubieran querido decir algo.

## *Confesión*

Confieso que lo que quiero no es ni un zapato ni una cuerda ni un vuelo fácil y altivo ni pasear sin saber que las nubes están heladas ni adormilarme bostezando en los páramos sin yeguas. Confieso que lo que quiero no es todo eso, sino más bien todo eso y también todo lo contrario.

## *Construcción*

Construcción tenía o tuvo durante mucho tiempo el pelo largo, un pelo lacio, brillante, atornasolado en el crepúsculo, que era la envidia de las mujeres del barrio, especialmente de las más ancianas, a las que ya les clareaba el cráneo o lucían por toda pilosidad un matojo de canas enhiestas como patas de saltamontes.

Pero Construcción nunca se dio cuenta de que le miraban el vaivén del pelo al andar, o de que a su paso susurraban acerca de su brillo, creyéndolo artificial, o de los pocos centímetros que le había crecido la mata de pelo desde la última luna llena.

Lo cierto es que Construcción apenas se ocupaba de su pelo. Más bien, y en un espiral que amenazaba en degenerar en obsesión enfermiza, Construcción había empezado a angustiarse porque sus manos no sabían tocar, porque no se aferraban suficientemente a la vida, porque no conseguía domesticarlas como el resto de la gente, como todos los vecinos jóvenes y ancianos a los que saludaba invariablemente cada mañana camino al trabajo.

## *Contención*

Hubo un muro al que, por error, llamaron muro de contención. “No”, decía él, “No me llamen muro de contención, si yo no contengo nada, si ni siquiera deseo contener en ni contener de; si no quiero ser ni freno ni receptáculo. Yo les dije que lo que me sucedía era que vivía con tensión, tensionado y tenso. Agradecería tanto un abrazo o una caricia, siquiera que me devolvieran mis propias palabras: ‘Muro’, podrían decirme ustedes, ‘con tensión no se puede vivir: baila, sueña, despréndete de los alambres, vuelca todos los barreños de ácido, revuélcate en la hierba y no, no te tenses, no te contengas, déjate perforar por un ratón de muros, acoge entre tus rendijas a un diente de león o a una ayahuasca; déjate, muro, déjate y no te mueras’.”

## ***Contraseña***

Contraseña es un vocablo que procede de contra (sufijo adversativo) y seña (de *signus*, en latín símbolo utilizado para representar a dios). De ahí se deduce que la contraseña es un verbo heresíaco inventado por el ser humano para contradecir la señal evidente de la existencia de dios, es decir, para sostener que antes del verbo ya estaba la carne investida. Por eso, la palabra contraseña expresa lo que ya era evidente antes de que Cristo alcanzara a hablar: esto es, que damos más crédito a la palabra dicha por el ser encarnado que a la imagen icónica del sujeto divino. (Dióspilo, monje cistercense, *De laudo Deo*, s.XVI.)

## *Copia*

La copia me llevó a la hoguera: sí, tal y como lo oyen.

Yo era en realidad un monje benedictino, dedicado a las tareas propias que a los monjes benedictinos se nos asignaban en esos tiempos oscuros de las catedrales. Y, sin embargo, a mí se me trabucaban las letras, se me traspapelaban y tergiversaban demasiado a menudo, se me emborronaban encima de las iniciales miniadas con oro y lapislázuli, se me perdían entre la trama de los manuscritos que me obligaban a transcribir día tras día y noche tras noche a la luz de un candil de sebo maloliente.

Lo cierto es que el prior del convento se resistía a relevarme y destinarme a las labores del huerto, porque decía que yo era muy flaco y además él tenía un flaco conmigo.

Lo cierto, lo cierto.

Inicio este relato y me pierdo en detalles y anacolutos como entonces, cuando era o fui copista benedictino.

Intentaré resumir o abreviar -que es lo mismo- para que sepan por qué la copia me llevó a la hoguera: ocurrió transcribiendo un evangeliario del rey Felipe el Bueno. Recuerdo perfectamente que acababa de manuscibir la “Oda a la Risa” de Filoctetes y me había entretenido mucho. Sin embargo, con el evangeliario me aburría mortalmente. Oía las frases mil veces recitadas en voz alta y me aburría, y bostezaba, y trasletreaba torpemente las páginas.

Hasta que en el pasaje del Huerto escribí: “Cáliz, aparta de mí este Dios”, y ahí se estropeó todo, pues el evangeliario era un trabajo urgente, un encargo de regalo para las nupcias de la hija del rey, y nadie, ni siquiera el prior, se detuvo a verificar mis letras.

Y así fue como mi refinada versión llegó al rey, y luego a sus consejeros reales, que desafortunadamente eran dominicos, y terminé, como podrán imaginar, en la hoguera por una copia.

Única y exclusivamente por una mala copia, que es justamente de lo que está hecha la literatura.

Ahora sólo me queda la esperanza de que ustedes me lean, pasados ya tantos siglos, y me otorguen por fin el título de escritor del mes.

## *Coriandro*

Coriandro fue un mozo que, en una noche de luna, vio a una ninfa uñosa y descabellada donde las haya, que le hechizó en un plis plas sin darle tiempo ni a suspirar. Pero esa es una historia vieja y aburrida.

El caso es que Coriandro fue un mozo, o un hombre, o un nombre, de hombros algo caídos y mirada levemente torva, no por maldad, sino precisamente por falta de ella. A fin de cuentas, en cretense *coriandro* quiere decir “el que perdió la maldad con el alumbramiento”, o lo que es lo mismo, “el que alumbró a la maldad en su caída”. Por eso en algunas culturas a los coriandros se les llama ángeles caídos, y por eso aún nadie les ha compadecido.

## *Cortar*

“Dícese de cortar como se corta el buey, a hachazos, para despertar la carne o dormirla; cortar un chuletón, un cuarto trasero o dos onzas de lomo para la señora; y quien corta y recorta se lleva el mejor corte.”

Eso pensaba el carnicero, con las manos manchadas de sangre, con el delantal manchado de rojo y un reguero de sangre seca en el mostacho, y otra mancha de grasa sanguinolenta empañándole las gafas. Eso pensaba hora tras hora, buey tras buey; y en ese pensamiento se le iba el día y se sacudía penas y dolores y esbozaba una sonrisa franca y al fin, como quien no quiere la cosa, alcanzaba el nirvana como un auténtico místico sufi.

## *Cortejo*

“El cortejo andaba vomitando.

“No era por el aire tardío de la noche, ni los por cerdos que arrastraban los cortejadores, ni por el incienso de la virgen, ni por el olor a sudor de los portadores esparciéndose por el aire como vaho de tormenta.

“No era por las plumas de los sombreros rozando las narices de la retahíla. Ni por los gritos de las madres, ni por las oraciones del cura.

“El cortejo andaba, andaba lentamente, pero andaba vomitando, señalando su paso en una estela amarillenta de vapores bíblicos, de vapores.

“El cortejo andaba vomitando.”

-Muy bien, Conrado, déjelo aquí. Y escúcheme bien: en primer lugar, el romance tiene tres estrofas, y en ninguna de ellas se repite la palabra cortejo; y, en segundo lugar, el primer verso no dice ‘el cortejo andaba vomitando’ sino ‘el cortejo andaba tamborileando’. Ahora siéntese. Y por favor, cuando hable en público, intente no hurgarse la nariz. No es bueno para la memoria.

## *Crear*

De crear a creer hay una sola vocal, la segunda, que toma el relevo y dice: “Oye, que yo también soy significante, que no puedes llevarte, sólo por ser la primera en la secuencia, el mérito exclusivo de complacer a los hombres más que nadie.” “Eh”, dice entonces la vocal segunda, “Eh”. Y se infiltra en crear y dice creer. Creer. Y entonces llega el hombre y le añade, no un “qué” solo, autónomo, sino preposición locativa, un espacio, una ubicación. “Creer en qué”, dice el hombre. Y como dios no le contesta, para responderse a sí mismo se pone a crear hasta que se muere.

## *Cuadrícula*

A cada cuadro una letra, me decían en la escuela. “¡Estamos fritos!”, pensaba yo, “Relleno veintiocho cuadros seguidos y ahí se termina el conocimiento, como si las letras se llevaran bien con los cuadros, como si las palabras tuvieran algo que compartir con las hipotenusas; y de ahí ni cuentos ni novelas, sólo senos y cosenos escritos con cuadros hasta la eternidad”.

Hasta que un día mascullé, en voz alta, sin darme cuenta: “¡Se acabaron los cuentos!”.

“¡Rebeca!”, me amonestó la maestra, “¿Qué clase de frase es ésta? Siga con la k y que no se le salga del cuadro, que es usted un desastre.”

Rebeca, que era yo, llenó entonces el papel de kas y haches, letras estúpidas y deformes sin remedio, mientras se las imaginaba erguidas y enhiestas, bailando un landó ridículo con un lazo de raso en la cabeza. Y ahí terminó el papel. Y ahí se terminó el cuento.

## *Cuatro*

- Cuatro leones con las fauces abiertas: ¿cómo los adiestras?
- Abriéndoles las fauces.
- No.
- Sacando tus zarpas.
- No.
- Dime, entonces: ¿cómo se adiestran cuatro leones con las fauces abiertas a punto de engullirte entero?
- Pues exactamente no lo sé.
- Inténtalo
- Nombrándolos.
- ¿Cómo?
- Así: uno, dos, tres, cuatro. ¿Ves? Se han volatilizado.
- Es verdad, ya no están.
- Venga, duérmete.

*(Las) cuatro y diez*

“A las cuatro y diez, el tormento otra vez”, masculló Amanda, abriendo la boca desmesuradamente.

Y con la boca abierta y sin poder mover ningún músculo de la cara, con los puños cerrados a ambos lados de sus brazos doblados en cuatro, al igual que sus orejas y ojos y cuello, también doblados en cuatro, Amanda dejó resbalar por su cara un par de lágrimas provocadas por una náusea súbita e imparable.

Amanda lo odiaba, lo odiaba profundamente y lo sabía con todo el cuerpo. Pero no podía, no ya decírselo, sino ni siquiera dejárselo entrever.

Porque desde luego él no tenía la culpa. Su culpa culposa de verdugo ocasional.

Él no podía impedir ser odioso ante los ojos y el cuerpo de mucha gente. De modo que Amanda permaneció ahí, tumbada, con la boca abierta, sin pronunciar palabra.

“Le he oído perfectamente”, masculló él mientras se enfundaba un par de guantes: ‘A las cuatro y diez, el tormento otra vez.’ De hecho, rima conmigo. Incluso podría usted mejorar la frase: ‘A las cuatro y diez, el tormento otra vez, en la consulta soez de mi dentista Sandez.’”

## *Dedo*

“*Dedo dado dabo*”. “Te diré que te doy”.

La palabra *dabo* era la más importante. No decían dedo ni dado ni dudo (*dudo*, en latín) sino “te daré”, porque en el dar estaba el sentido de la vida y también la supervivencia, y los garraones llenos de anchoas saladas y vino y almendras y cereales y aceite y todo lo mediterráneo que daba vueltas y más vueltas por el mar.

Porque algunos daban vueltas para buscarse a sí mismos en la vorágine de las ánforas mientras otros sólo decían “*Ego sum pauper, nihil habeo, et nihil dabo.*”

## *Cuestión*

“Ser o no ser”, dijo, “He ahí la cuestión Tal como el ratón que huye o el árbol que cae o el hombre que pesa o el carro que cruje, todo lo que huye, cae, pesa o cruje es intercambiable por lo inmediatamente anterior y lo inmediatamente siguiente. Y así también nosotros podríamos intercambiarnos por quien nos yuxtapone a diestra y siniestra, porque no hay ejes ni alturas ni planos en ese continuo que es un vientre enorme en el que un día cupimos todos.”

## *Defensa*

En francés le llaman defensa a la prohibición: es decir que en lugar de “prohibido el paso” o “prohibido fumar” dicen “defensa el paso” o “defensa de fumar”; digo yo que debe provenir de tiempos remotos, del siglo de las luces y de su proclamación de los derechos y libertades del hombre, mezclado con un enfoque paternalista y salvador del sujeto.

De ahí la claridad del argumento: defiéndase del mal o, en su defecto, ya le defenderemos nosotros, ya sea del humo como de la electrocución o los escupitajos. Defiéndase usted mismo y déjenos también defenderle nosotros para poder crear así una sociedad mejor y más justa.

En nuestro país no, claro. En nuestro país a uno siempre le prohíben tajantemente, desde fuera, sin darle opción siquiera a defenderse de la defensa. Pero es que, a diferencia de los franceses, los españoles, tan católicos ellos, nunca creyeron realmente en el libre albedrío.

## *Delfín*

- El delfín es un gasterópodo zancudo o algo así.
- No -le respondió Dicha- No era así.
- Ya me lo imagino. Imagino que, una vez más, he desordenado las palabras y los prefijos, digo, los crucifijos.
- Dino, céntrate por favor. Es importante, vuelve a intentarlo.
- El delfín es un mamífero inteligente de la subespecie cetácea que...
- Un momento, detente sólo un momento y piensa en lo que acabas de decir, Dino. Y luego vuelve a empezar. Pero esta vez concéntrate. No nos queda mucho tiempo.
- Es que estoy nervioso. No lo consigo, se me cortocircuitan las imágenes y las frases, Dicha.
- Por favor.
- A ver.
- Pero no me mires a mí. Dilo cerca del micrófono, pulsando la tecla de acceso. Deja, ya lo hago yo. Tú concéntrate.
- Delfín, clavo, canela en rama.
- ¡Ya está, Dino! Lo hemos conseguido. Ya está. Se ha abierto, Ven, vamos a entrar antes de que nos vean.
- Saca el pie, Dicha. No puedo pasar con las muletas.
- Espera, te abro bien. Ahora. Entra, rápido. Se acerca alguien.
- Delfín, clavo, canela en rama... Era tan fácil, Dicha. Lo conseguimos, nos vamos, somos libres. Volveré a andar. ¿Volveré a andar, Dicha?
- Sí, Dino. Volverás a andar. Anda sígueme. Nos esperan.

## *Deixis*

Para los griegos, *Deixis* era el dios del aquí. Sin duda resulta muy interesante que por fin alguien se dignara a nombrar al dios del aquí, y dejara para el futuro el dios del allá, o del más allá, al que uno nunca llega con vida.

El *deixis*, o dios del aquí, tenía además la ventaja de que obligaba a los hombres a hablar con sus pies y sus manos, que son lo más aquí que tenemos. De ahí que los orientales al dios del aquí le llamen directamente *ki*, que es justamente la combinación sumatoria de las manos y pies y narices de los seres humanos, la respiración vital, en suma.

En definitiva, ya se trate de *deixis* o de *ki*, lo importante de la deidad es que nos sitúa en el *hic et nunc*, en la floración de los árboles, en el apareamiento de las mariposas o en el centelleo de una luz en la noche, reflejándose como un estallido de voz en nuestro propio retrovisor de la vida.

## *Desconocido*

El desconocido siempre es un conocido que a uno se le quedó olvidado en alguna parte, no ya de la memoria, que siempre es recóndita e intrincada, sino en algún lugar concreto, físicamente descriptible y frecuentado con mayor o menor asiduidad en otros tiempos de paseos o encuentros fortuitos.

Por eso, el desconocido suele ser por lo general un conocido fortuito, uno de esos conocidos que por hache o por be uno se obceca en relegar a los confines de su archivística personal. Una prueba infalible de este fenómeno es que siempre, en todos los casos, al desconocido se le recibe con una amplia y espontánea sonrisa de reconocimiento, prueba indiscutible de que, a pesar de los pesares, al desconocido se le conocía desde siempre, desde incluso antes de aprender a sonreír.

## *Diafragma*

Al primer día fragmentado de la historia le llamaron diafragma. Por lo general –cosa que saben incluso los niños- los días son cuadrados: empiezan con el ángulo del despertar, siguen en línea recta hasta el ángulo de la comida, prosiguen luego hasta el ángulo de la cena y concluyen en el ángulo que media entre el último bostezo del día en curso y el primero del día siguiente.

Sin embargo, el diafragma fue el primer día redondo, el primer día sin ángulos, sin rectas, sin oquedades. El primer día sin fin. Y fue justamente por eso, porque un día sin fin no es un día, por lo que el diafragma fue expulsado del paraíso para siempre, como el resto de los días, y resolvió ir a refugiarse en el horizonte.

## *Diamante*

Un diamante podría ser muchas cosas, tópicas o no: por ejemplo, el tópico común asocia el diamante a la suciedad o a lo incompleto, y por eso a menudo se suele hablar de diamantes en bruto, aunque nunca nadie haya visto realmente ninguno, al igual que por lo general no se suelen ver glifos o ángeles por las calles.

A mí, personalmente, la asociación que más me gusta es la del día con el amante, no necesariamente porque un diamante sea un amante de un día, como podría parecer a simple oído, sino más bien porque existe una gemelidad extraña entre los días y los amantes: ambos amanecen y se levantan, ambos van sucediéndose al paso de las horas, marcados por un reloj de luz que uno no puede tocar; y claro, ambos se oscurecen y declinan, crepusculean, se ponen o duermen o terminan para volver a amanecer luego, más tarde, adormecidos los tiempos y los errores y los cansancios, adormecidos para despertar al fin bostezando y diciendo: “ayer decliné, pero hoy vuelvo a estar vivo.”

## *Difícil*

Difícil rima con pocas cosas, o con casi ninguna. Se me ocurre que quizá mantiene una relación fónica de parentesco con *símil*, aunque podría objetárseme que entre la dificultad y la similitud existe efectivamente poco parentesco. Lo cierto es que por lo general en la vida lo difícil suele ser lo distinto, lo ajeno, lo alejado. Siempre existe una dificultad profunda en atravesar las barreras y las fronteras para internarse en los bosques de la lejanía, para llegar donde el horizonte.

Quizá, lo único realmente difícil en la vida sea alcanzar el horizonte. Y digo difícil, y no imposible, porque si realmente creyéramos que alcanzar el horizonte es imposible, los que estaríamos muertos seríamos nosotros, o mejor aún, el mismo horizonte, desdichado, abandonado de toda mirada y toda búsqueda hasta el fin de los mundos.

Una vez pensé muy ingenuamente que, de ese llanto, el del horizonte abandonado, estaban hechos todos los océanos. Actualmente pienso más bien que los océanos no están hechos de llanto, sino de amebas, que al fin y al cabo son nuestros ancestros más directos, nosotros mismos.

## *Destinado*

El destinado no era, como podría creerse, un condenado, sino un fascinado. Habrán observado que entre destinado y condenado no hay mucha distancia fónica, pero lo que hay sobre todo es ese hado, ¡ay!, este hado que se escribe y se tatúa encima de los seres de brazos caídos o levantados, de frentes mustias o estiradas, de pies huesudos o flácidos; este hado, ¡ay!, que es como un soplo de mercurio entre los omóplatos, un soplo que riéndose por lo bajo va diciéndonos lo mismo al destinado que al condenado, lo mismo al fascinado que al desalmado: “Caminad, seguid caminando, que sólo hay un camino posible aunque los parajes sean infinitos.”

Eso dice el hado. Y luego dios lo divide –como al resto- y se queda en nada, en hache y no en hacha, en fonema mudo, en horca invertida, en pasto inútil.

Y dice dios entonces: “Destinado a errar el que no sabe amar. Para él el castigo.”

## *Dormir*

“Dormir, dormir”, dijo el ratón al que perseguía la mayordoma. “He aquí la cuestión. Si al dormir nos mecemos en un sueño tranquilo y árido, no sabemos que la vida se nos escurre y que el goce es siquiera vano. Pero si nos negamos a conceder al cuerpo ese placer vital y necesario, nos vamos cuarteando como papiros viejos y es entonces cuando acontece el aburrimiento, la decadencia del espíritu, la rendición al reino de no volverás.

“Por eso, a los que dicen que el sueño es como la muerte yo les digo: dormir aún puede elegirse en mil modos de rebeldía, pero la muerte ataja el camino y el deseo. Y sin deseo, no hay ojos que vuelvan.”

## *Drenaje*

En la primavera las autoridades emprenden el acondicionamiento del litoral. Esto es, drenan los fondos marinos y las playas y recuperan al cabo del año todos los zapatos, anillos de compromiso, preservativos, calzones, vasos y botellas de champán, cucharas con monograma y libros emborronados que un porcentaje importante de la población había declarado perder al año anterior.

Pero, aunque pudiera parecer lo contrario, ese drenaje tiene un efecto funesto sobre la moral nacional, como el que tendría una lluvia ácida compuesta de un concentrado de nostalgia o una tormenta eléctrica hecha de rayos de contingencia.

Lo bueno de la epidemia es que entonces el Estado deja de tener que preocuparse por el nivel de salinidad del agua, porque al fin siempre acaba equilibrándose perfectamente con las lágrimas de todos los bañistas que visitan el litoral durante el mes primero tras el drenaje oficial.

## *Embarazada*

Cuando me despierto por la mañana mis manos palpan un vientre descomunal, un vientre propio, alimentado día tras día durante varios meses, mimado por las lluvias y curiosamente sobrio.

Extraña, la sobriedad apacible de ese vientre henchido por la vida. Sobriedad heredera sin duda del ciclo vital, de ese aliento insuflado primero a la boca y luego a otras partes de mi cuerpo, protegidas del ocaso.

Durante mucho tiempo me obstiné en proteger del ocaso mis manos y mis ojos, miembros prioritarios de todo mi ser global. Yo creo que los ahogaba, que no les daba respiro, que los atenazaba como una madre temerosa del despliegue volcánico del renacer.

Durante mucho tiempo fui un volcán en activo, pero sin erupción visible. Hasta que se abrieron a la vez todos los cielos y la carne, hasta que se me hinchó el vientre, hasta que decidí parir y expulsar de mí a mi propio hijo, ese hijo de una mujer llanamente evática y de un hombre ancestralmente perdido en las junglas del paraíso.

Y luego, cuando volvieron a abrirse los cielos, se abrieron también los ojos de ese ser minúsculo e irreconocible que emitió su primer sollozo a modo de bienvenida. O de despedida, nunca supe bien.

## *Embarazo*

“Embarazo tengo, pero me lo guardo”, le dijo ella, sonrojándose fuerte, aunque la luz opaca del lugar no se lo hubiera dejado ver.

Él dejó la taza en la mesa. La dejó con sólo dos dedos, para que no hiciera ruido; levantó el mismo pulgar, el mismo índice, y se los pasó a ella como un aliento por la oreja y la nuca, sin decir nada.

Ella no quiso cerrar los ojos, no quiso; dejó que sus iris se detuvieran en las cejas de él, en sus párpados entrecerrados.

Él no la miraba. Seguía el gesto de su propio pulgar y de su índice descendiendo por las clavículas de ella, acercándosele a los pulmones.

“Embarazo tienes, pero te lo guardas”, le susurró él entonces, al tiempo que desplazaba su brazo hacia a cintura de ella. Y luego la envolvió como se envuelve un regalo, apretando el papel, enroscando el lazo.

Se enroscó a ella y la enlazó. La luz menguaba. Y a ella el sonrojo se le desplazó hasta las manos, que se escurrieron entonces debajo de los riñones del hombre, de aquel hombre, aquel hombre tan cerca y tan lejos, por dios, tan lejos como un gemido desvaneciéndose en el aire denso de la noche.

## *Empecinado*

Se detuvo empecinado en un bostezo súbito, subidas ya las escaleras que habían de llevarle al torreón a rescatar a una princesa de trenzas largas y doradas que ya no estaba

Así le gritaban los cuervos: “Ya no está, ya no está”

Pero él seguía empecinado, emponzoñado y empeñado en subir uno tras otro los escalones de la escalera de caracol sobre el abismo, cada vez más altos los escalones, cada vez más fuerte el grito de los cuervos, cada vez más tenue y débil su fe de rey, su fe de siervo, su fe de hombre.

Hasta que al fin, cuando hubo llegado arriba, cuando hubo llamado a la puerta cerrada del torreón, cuando hubo escuchado el eco de su propia llamada y se dio cuenta de que efectivamente nadie había dentro, sólo en ese momento se permitió abrir los ojos y mirar hacia abajo, y entonces vio ríos y valles, vio cerros, vio nubes, vio caballos desbocados cruzando las praderas, vio niños bañándose en los estancos, vio los vergeles y los árboles repletos de frutos, vio sus propias manos temblorosas y sus pies colgando en el vacío y gritó:

“Dios, siempre creí que no había nadie, y sin embargo estamos todos.”

## *Enarcar*

Si suprimimos arcar ya queda el arco, como cuando alguien dice: “ahí delante, en forma de ene, vemos el arco de Diocleciano construido para homenajear la mirada del emperador y también, irónicamente, para recordar a los hombres de todos los siglos lo que nunca se les dice: que los marcos son arcos dobles, que arquearse es como querer alzar el vuelo, y que los barcos se construyeron desde siempre para conjurar los arcos y los cielos.”

## *Entramado*

El primer entramado metálico de la historia fue el trazado por los raíles inacabables de los tranvías urbanos, que tejió caminos intrincados por las ciudades, llevando y trayendo a sus habitantes y ofreciendo su humil hospedaje a multitud de objetos posados por el olvido: bolsos, periódicos, sombreros, zapatos e incluso alguna que otra pieza de lencería.

Sin embargo, sus huéspedes más frecuentes eran los paraguas, una ingente colección de paraguas de todas las medidas y tipos de varillas, de empuñaduras de materiales diversos, de tejidos hidrófobos y que, con el tiempo, fueron donados a los respectivos museos de objetos perdidos de las ciudades.

Con la perspectiva del tiempo, no obstante, se podría decir que los entramados urdidos por los tranvías urbanos también fueron considerados durante mucho tiempo como las trampas magnéticas más maléficas de toda la historia, pues en ellos pereció una porción nada desdeñable de la población urbana, periódicamente arrollada por las ruedas hambrientas de algún que otro tranvía maldito. \*

\*Nota del Elnea: “Aunque también es cierto que desde que empezamos a empeñarnos en hacer estadísticas, hemos aumentados la crueldad de las catástrofes oponiéndonos racionalmente a su periodicidad natural.”

## *Enterrar*

El enterrador nunca tocó la tierra con sus manos, nunca se detuvo a desmenuzar con sus dedos los terrones de tierra bajo los cuales iban a reposar sus pacientes, descansados y silenciosos al fin, más allá de lo que él habría podido imaginar.

El enterrador confiaba plenamente en su pala, al igual que un cirujano que mantiene con su bisturí predilecto una relación íntima de complicidad y consuelo.

Por eso el enterrador le hablaba a su pala, ya algo oxidada por el uso, de hierro galvanizado y empuñadura de fresno. “Vamos a enterrar a uno que anduvo mucho”, le decía; o bien: “Vamos a enterrar a una a la que se la llevó súbitamente la primavera y quiso florecer como los jazmines. El año que viene será un jazmín esplendoroso”, le susurraba entre palada y palada de tierra húmeda de lluvia.

Pero el enterrador nunca quiso tocar la tierra: la reservaba para el final, la acariciaba en su imaginación como el único elemento capaz de dar paz a sus ensueños, de cubrirle cuando al fin les enterraran a él y a su pala para siempre jamás.

## *Envidia*

La envidia es viuda. Lo descubrí por casualidad un día en que al vecino de arriba se le cayó un lápiz de color en mi balcón. Al principio no le di importancia, me limité a recogerlo y quise probarlo encima de una hoja de papel morado. Pero entonces sonó el timbre de la puerta y se me apareció el vecino, que poniendo los ojos en blanco y con una mueca de asco patente me pidió a bocajarro que le devolviera su lápiz.

## *Escaparatista*

“Escapar, escapar”, dijo el artista. Y se construyó un cubo de cristal irrompible, indoloro, incoloro e inodoro. Y ahí se encerró, con una frazada y un libro sobre flores tropicales e insectos herbívoros para reposar mientras la vida seguía su curso.

Y aunque le miraban, él no veía prácticamente a nadie. Y aunque le llamaban para que acogiera a uno o dos refugiados asmáticos, él no daba crédito a sus ojos ni a sus oídos, y seguía repasando la taxonomía incompleta de las flores: arabaria contentis, caléndula terribilis, rampante mortalis.

Y algunas veces incluso lamía las páginas para que los colores chillones de sus pétalos le pintaran sus carnes, tan macilentas ya a pesar del cristal y la frazada.

## *Escaquearse*

Escaquearse es como cacarear, como cuando una gallina quiere poner un huevo y no puede porque está estreñida o porque hoy amaneció más oscuro que ayer, o porque un tigre se le cruzó por el camino y le arrancó parte de la cresta, o siquiera porque ha decidido que hoy no le apetece regalar nada, que ese huevo *inponendus* es suyo y sólo suyo, y al cacarear, es decir, al escaquearse, es como si dictara un manifiesto a los cuatro vientos: “no-me-a-pe-te-ce. El huevo es mío. Me lo quedo”

Y esto es así porque, en el fondo, escaquearse siempre es guardarse algo, reservarse para uno mismo, encerrarse en un mundo propio donde sólo esté uno mismo y donde no entre nadie. Un mundo sin tempo, sin vida ni muerte, sin ruido ni silencio. Un mundo donde no entre ni Dios.

## *Escuchar*

*Acep. 1) Ver: hablar*

*Acep. 2)*

“Escuchar ya no podrás escuchar cuando mueras”, le respondió Artemis una noche, susurrándole al oído. Y tras eso Cretés, que no había olvidado la palabra, le dibujó con las manos todas las palabras que había escuchado a lo largo de su vida: muchas, lodo y podredumbre; otras, raíces arrancadas; resoplidos y viento la minoría; y por fin las ochos únicas, envueltas en agua, que refulgían como la misma luna.

## *Ecurrir*

“Ecurrir el bulto, mayor gesto y mayor sentido. Eso fue lo que dio origen y eso fue lo que os transmití.”

Luego, el sacerdote cerró el cofre y lo echó al pozo de humo mientras la multitud aullaba y gemía.

“Eso fue lo que dio de nuevo origen a la guerra y origen al movimiento; eso fue lo que detuvo una y otra vez la rueda del tiempo.”

Y declamó el sacerdote, de nuevo la multitud aulló y luego Dios se levantó de la butaca y apagó la tele.

## *Escurrirse*

Escurrirse en el cuerpo de otro, impostar o invadir.

Tomar al otro como rehén o secuestrador del propio cuerpo, inundarle a besos y peticiones, proyectarle películas y ensueños.

Escurrirse de placer o de gusto, al igual como se le escurren a uno en la boca los espaguetis, llenándole el paladar de un sabor dulzón, a veces prescindible, a veces insoportable.

Escurrirse para ser o para desaparecer, según la fe o la resistencia en el intercambio vital, con la posibilidad expresa de vivir una experiencia mística que luego pueda ser escrita para mayor gloria de la humanidad.

## *Espeular*

“El ser especuló antes de que Narciso se mirara en el espejo”, dijo Elna. Y sus pupilos asintimos a un tiempo y ahí se terminó la velada.

## *Espejo, acepción 1)*

-Espejo, espejito mágico, ¿quién es la más bella del reino?

-La máscara blanda -contestó el espejo. Y luego hizo una mueca terrorífica y emitió una carcajada estruendosa cuyo eco permaneció en mi oído interno durante semanas.

De hecho, no entendí el mensaje. De hecho, nunca le había preguntado nada a ese espejo, nunca había aprendido su lenguaje, el idioma simbólico o encriptado que utilizaba para sus oráculos que, según decían, eran los más certeros que ningún ser humano hubiera conocido jamás.

Aunque yo no era humano, claro. Yo sólo era otro espejo pequeño, de la casta de los espejos del desierto, y nunca había consultado a los oráculos ni había oído hablar de los caminos del futuro ni de la belleza o fealdad de los reinos.

Yo nunca había sido un espejo convencional, ni siquiera entre los espejos del desierto, porque no sólo nunca había reflejado el rostro de un nómada, sino que ni siquiera las hienas se habían cruzado por casualidad con mi superficie reflejante para alimentar mi ego espejil.

## *Espejo, acepción 2)*

Hoy en el espejo veo un Él y un espejo, y detrás casi nada; o sí: un paraje en sfumato, colinas dulces y verde musgo, y un sol emborronado como si fuera a perderse detrás del cielo mientras yo sé o no sé, o no me imagino que estoy mirando un espejo que refleja, porque el reflejo ya no me interesa o dejé de reconocerlo o me aburre; porque el plomo aburre y lo único que despierta la piel de la yema de los dedos es este musgo y otros musgos y corolas de flores acaso peladas y acaso, como por casualidad e inopinadamente también, la piel de Él, de ese Él que se superpone al espejo y al paisaje y en el que entro, bostezo y me duermo.

### *Espejo: el último espejo*

El último espejo que heredé en vida fue el de mi suegra, una mujer oronda de vello abundante en el labio superior, de ojos penetrantes y, sin duda también, de lengua velluda y punzante.

Pero eso no tiene, en verdad, ninguna especie de importancia, porque el último espejo que heredé en vida no le pertenecía a ella, sino a un cruzado que lo había enterrado ahí por el mil trescientos en el jardín de su castillo, que con los siglos había de convertirse en el jardín inglés de la mansión de mi suegra, cuyo jardinero había desenterrado el famoso y asaz curioso espejo en el transcurso de la remodelación anglicizante del susodicho jardín.

El caso es que último espejo del cruzado primero, de mi suegra después, y por fin mío, era un espejo de azogue rojo, que únicamente reflejaba los rasgos sobresalientes de los seres y les dibujaba ciertas letras en los pómulos que, descifradas con la ayuda del Libro Criptomántico del Alquimista, de Ciries de Lombardía, se convertían en una profecía certera sobre el día y motivo del fallecimiento del espejeado en cuestión.

Cuando yo lo recibí, y a pesar de mirarme repetidamente a la luz de las velas en sucesivos días de luna llena, el último espejo se negó a imprimir letra alguna en mi rostro, y, por el contrario, se limitó a deletrear en el friso un alfa y omega tópicos que no me decían absolutamente nada.

Hasta el día en que, fallecida mi suegra y, desde luego, perdida toda la memoria del cruzado y de Ciries de Lombardo, el espejo me devolvió en los pómulos una fecha y un motivo extraños que no tardé en reconocer como la fecha y origen de mi propio nacimiento.



## *Esposito*

El esposito fue en la antigüedad mesopotámica, y más concretamente según el código de Hammurabi, literalmente la denominación con la que se hacía referencia al “esposito que maneja el ajo o que procede del cascajo”.

Evidentemente, se trata simplemente de una metáfora que, en las asociaciones imaginarias de la civilización de Babilonia, hacía referencia al esposito que, a pesar de haber desposado por interés a una mujer de clase social muy superior a la suya, la convertía en *esclavosa*, es decir, en la esposa esclava descrita en los textos santos de Babilonia el Viejo, la esposa dócil y silenciosa hecha por dios para satisfacer las necesidades y caprichos del varón castrado y, en su ausencia, del varón procreador, sacerdote máximo de la religión mesopotámica y dador por excelencia de los privilegios civiles.

En consecuencia, el *esposito* pasó durante los siguientes siete milenios al resto de culturas occidentales, llegándonos en forma del *sposus* o *maritus* de nuestro código jurídico y siendo posteriormente dignificado y encumbrado por el dios inclemente del antiguo testamento.

## *Estómago*

Para hablar del estómago siempre le queda a uno el recurso de dividirlo y sacudirlo y reinventarlo para que quede algo más esperanzador, levemente fabulista, como por ejemplo *esto y mago*; o bien *magó-imago*, que es un mago que hace magia delante de un espejo. Esto es al fin lo que uno le salva del estómago: el mago imago.

## *Estropajo*

Lo inventaron para que, pretendiendo limpiar, es decir, eliminando ácaros y otras impurezas bacteriológicas, acabara puliendo, lijando todas las superficies abruptas e irregulares de los objetos. Por eso, algunos –principalmente sus detractores- le acusaban de estropear la naturaleza objetual y pura de la materia; mientras que sus más acérrimos defensores alegaban que justamente ahí radicaba su cualidad, en lograr pulir lo imperfecto bajo el pretexto de la higiene.

## *Éxito*

Todo el mundo piensa que tener éxito es lo mejor. Y es cierto, es lo mejor. Y no únicamente por el éxito en sí, sino porque lo mejor siempre nos acerca a la vida, a lo superlativo, al murmullo de las cosas que son y que habíamos visto hasta que empezamos a dejar que nos acariciaran.

De hecho, lo mejor del éxito es su caricia, ese roce tenue que nos prodiga en una mejilla por otro lado anestesiada. Por eso el éxito bien puede consistir en el roce de un pétalo aterciopelado o el rayo púdico de un sol alternativamente presente y ausente.

Aunque esos éxitos se suelen olvidar o agotar pronto. Y entonces resurge en nosotros el impulso de otro éxito, de lo mejor del éxito, del éxito mayúsculo.

Y en ese momento nos embarga el desconcierto, porque no alcanzamos a elegir las palabras que podríamos escribir en mayúsculas, como en un epitafio, para coronar de éxito nuestras vidas. Aunque quizá sea justamente eso lo mejor del éxito: que nos empuja a la búsqueda, que nos acompaña con su mano en la espalda, que nos da la tracción de una locomotora, o de una cosechadora, o de un camión.

Quizá el éxito sea a fin de cuentas esto: el paisaje entrevisto por la ventanilla de un camión de rumbo incierto.

## *Fanfarria*

Cuando le vi ahí, erguido en la rama, agarrado por la cola como un koala, con mirada de cordero degollado y pelos de lenguado, chillando “¡Makisiren sia sieren aoroak shaepi!” a pesar de que hablaba perfectamente nuestra lengua y de que lo único que yo le había pedido era que me fuera a buscar agua para las mujeres antes de que cayeran desfallecidas en medio de aquella sabana repelada que nos mataba; en ese mismo momento de infarto en que los señores se llevaban el pañuelo a la frente y la fanfarria sonaba a lo lejos, le contesté “¡AOS FIETPOS ENFARTES FE LA FANFARRA!”. Que más o menos viene a querer decir: “Que te joroben.”

## *Farola*

Una farola con faralaes encaramada a una tarima de madera joven y resquebrajada, zapateando al tiempo que acompaña sus pies con un repiqueteo de palmas de metal, arqueándose en un baile de sibila, haciendo ondear su cabellera de hilos de luz, mirando fijamente con su único ojo a ciertos espectadores fascinados que, ante tanta expresión y tanta belleza inesperada, lagrimean un poco.

## *Filamento*

El filamento auténtico, el de marca, siempre es un lamento pegajoso que pende de un hilo de voz como el que surge de una garganta atrancada por un oxígeno defectuoso.

“Abra la boca”, le dice el médico al enfermo aquejado de Filamentosis; y entonces el enfermo abre la boca y emite su filamento. Y el médico, provisto de unas tijeras de plata que eran de su abuela, caza el filamento al vuelo, con un gesto avezado de maestro de esgrima, y lo cercena justo en la cesura triste, la del lamento.

Y tras esa circuncisión, el enfermo recupera una voz de trino, y en una cadencia de risa tonta, de filántropo, entona su canción preferida de la infancia, pongamos por caso estaba el señor don gato sentadito en su tejado, o por la calle bajitos van dos ratones.

Y aprovechando el descuido, el médico empuña una aguja y le sutura el lamento con un hilo reabsorbible, y luego se lava las manos con agua de azahar.

## *Fleco*

“Fleco, flequillo”, le decía, para no ofenderle. Porque en esa época Óscar Rivera ya estaba flaco, muy flaco de andar y recorrerse los páramos, de no detenerse a observar cómo caía la noche sobre la sombra de los búhos o de los lobos.

“Flequillo”, le decía Sarah, aunque él ya estaba tan encanecido y calvo que apenas si poblaban su cráneo algunas hebras finas de pelo de muñeca.

Y entonces Óscar Rivera, sin mediar palabra, le recogía el pelo con las dos manos y le estampaba en la frente un beso húmedo de omnívoro de pies cansados.

## *Fotografía*

“La letra de luz”, dijo “la letra de luz. Esa fue la que busqué dentro de copas talladas en ámbar o en las ruedas desvencijadas de las carretas; la letra de luz; ésa fue la que busqué en tabernas oscuras y humeantes, mirando a través del burdeos brillante de una jarra, y también debajo de las extensiones de alfalfa plantada en un verano escaso; esa letra, ésa y no otras, ni siquiera ninguna, fue la que anduve buscando por montes y páramos, por pieles y ojos, por aguas y risas. Ésa fue la que aún busco. Aunque ahora sí, ahora sí sé dónde encontrarla. Porque todo está escrito.”

## *Flor*

Justamente ese día, Gertrude recogió sin querer sin ramillete de flores que paseó por las calles, sobándolo con su mano izquierda a lo largo de las múltiples cuadras de una ciudad recién despertada. Y de repente, sin quererlo, se topó de narices y sin mirar con un hombre de nombre Germán que, sin rémora ni aspavientos le preguntó: “¿Son para mí estas flores?”

Y acto seguido Gertrude sonrió y clausuró la historia.

## *Frente*

Frente a frente, dispuestos los ejércitos en ese combate último y decisivo, lanceros, artillería, jinetes, suboficiales y el general vestido con toga y birrete, se escrutaron los contendientes durante unos instantes larguísimos, hasta que un toque de silbato les despertó del ensueño y cargaron contra el enemigo, tocados con gorros de papel y blandiendo espantasuegras de colores.

## *Frontera*

La frontera consistía en un cartel de hierro oxidado que se erigía en medio de la carretera y al que yo, durante muchos años, en mi imaginario de niña vagabunda y fantasiosa, atribuí la identidad de un territorio habitado, de una aldea limpia con parterres de flores y campesinos curtidos por el sol y enamorados de sus tierras. Hasta que descubrí que, en ese cartel, al lado de la palabra frontera escrita en mayúsculas, figuraban, en pequeño, dos cifras y una letra: 50m.

Entonces fue cuando empecé a despertar, a entrar en el mundo de los números y de las series, de los espacios y de los límites.

Ahora me gustaría creer que lo realmente importante de ese cartel tantas veces revisitado en mis sueños no era la palabra, sino precisamente esos dos números unívocos y evocadores que me ofrecían la dimensión exacta del espacio que había de recorrer a lo largo de mi vida.

## ***Gafas***

Aterrizando pesadamente sobre sus patas palmeadas, se posaron las gafas encima de la superficie sebosa de un cuero cabelludo liso, perlado de sudor, sembrado de pelos ralos y punzantes. Y una vez ahí posadas, exhalaban un suspiro hondo, casi existencial, y se enfocaron en el páramo selvático. Y al divisar a lo lejos, tumbada, una fiera sin dientes, se sonrieron con una mueca irónica y entornaron los cristales.

## ***Gallito***

Gallito rima con pito. No hay que ser poeta para darse cuenta. Pero no me refiero sólo al nivel fónico, sino más bien al imaginario.

De todos modos, tanto los gallitos como los pitos tienen una connotación rancia, desabrida, carcomida por polillas centuagenarias. Seguramente ni los gallitos ni los pitos se sienten rancios ni carcomidos en su deambular por los parajes cerrados del mundo.

Pero yo digo que, en el fondo, nunca consiguen trazar una armonía de ruidos y gestos, nunca se aúnan para tocar una sonata sublime. Nunca suenan bien, por más viento que se les eche.

## ***Garabato***

Garabato era un gato inicialmente famélico que tras un menú completo a base de pan con harina y harissa fue engordando hasta parecerse a sus homónimos europeos, a los que miraba relamiéndose los bigotes y musitando por lo bajo: “Si yo fuera un gato blanco, blanco como un zanco, me lanzaría a volar como un zopenco y rozaría los albuces del alba y recitaría azoras sin parar.”

Y dicho esto se dio cuenta de que estaba hablando en árabe y le gustó el sonido y el sentido de su propio discurso y entrecerró los ojos y husmeó el aire y respiró hondo, hondo, hondo y se durmió, menos famélico y más feliz que nunca.

## ***Gargantilla***

Es curioso. A mi abuela siempre le fascinaron las gargantillas, y nunca las zapatillas. Gargantillas tenía a montones: las clasificaba por colores y gamas y siempre las llevaba conjuntadas con sus vestidos.

Algunas veces incluso les daba nombres o categorías, como por ejemplo “gargantilla azul añil para los días de frío sin candil”, “gargantilla de plata morada para cuando una está enamorada”.

El caso es que siempre tuvo gargantillas a montones, y un único par de zapatillas raídas que siempre se negó a denominar con ese sustantivo.

Así, siempre las llamó con otro nombre: Vabuchas con uve. “Tráeme las Vabuchas con uve”, me decía. Y yo volaba rauda a buscárselas, porque sabía que tras las vabuchas venían las gargantillas, toda su colección de gargantillas aforísticas.

## *Gitanilla*

“Pilla pilla, gitanilla; corre corre, que la luna brilla” cantaba, acompañándose con un tambor de piel de ostrocú, modulando la voz para que alcanzara las notas más agudas, las mismas que emiten el halcón borní o la gaviota perenne para despistar a su presa.

Y luego entrecerraba los ojos y seguía cantando, esta vez en susurros, con una cadencia de canción de cuna y una única letra, una única nota m.

Y mientras él procedía a ejercitar todo ese ritual de corrido, absorto y ausente, las gitanillas recogían piedras y jugaban a la rayuela, y se peinaban trenzas y colas unas a otras, y se contaban secretos al oído y se reían con risas de chapoteo.

Y la luna, al fin, bostezaba y se dormía, acunada por la canción, como si sólo ella pudiera sucumbir a su influjo. Y en sueños se guardaba todas las canciones en la barriga y las arrebujaba entre sus rocas de calcita lunar, y las calentaba con su magma mamífero.

## ***Globo***

Un globo, como todos los entes existentes destinados a ser conocidos, es siempre un sujeto ambiguo. Me explicaré: un globo es a un tiempo fantasía de niño, idea de libertad, homónimo de goce e hipónimo de vuelo.

Pero sin embargo todo globo tiene su lado imprevisible y cruel, que puede sintetizarse en la expresión que esboza todo ser humano, chico o grande, al ver explotar a uno en sus manos.

## *Guitarra*

Preparó un gazpacho a la guitarra: esto es, cortó los tomates a cubos, el pepino a rombos, el pimiento a polígonos irregulares, los dientes de ajo y la cebolla aleatoriamente, entre estornudo y estornudo –cuidando de no hacerlo sobre la mezcla- y luego, con una manga pastelera, lo introdujo todo lentamente en la guitarra al tiempo que cantaba “pobre guitarra, canta cuando yo canto y llora siempre sin mí”.

Y luego, agarró la guitarra por el traste, le dio unas sacudidas rumberas, se tocó con una cofia y entró majestuosamente en el vastísimo salón de ceremonias con la guitarra en brazos, declamando: coca cola, cerveza, limonada, gazpacho fresco.

## ***Grifo***

“¡Grifos y alhajas!”, declamaba el chamarilero. “¡Grifos y alhajas y sacos y monturas y clavos y frascos y vendas y correveidiles!”, gritaba a todo pulmón el chamarilero, apoyándose en su única pierna útil con una muleta y haciendo molinillos en el aire con la otra para llamar la atención.

Un anciano pequeño de manos menudas y orejas pobladas de mechones canosos se detuvo frente a él.

“Necesito un grifo especial”, pronunció con una vocalización impecable. “Necesito un grifo especialmente especial”, concluyó después de una pausa brevísima, de alas de mariposa.

Y entonces el chamarilero le miró de hito en hito y luego le escrutó los zapatos: “De acuerdo”, repuso, “Pero le saldrá demasiado caro para su gusto”.

El anciano entornó los ojos, asintiendo. “Enséñemelo”, dijo.

Y en ese momento arreció la tormenta y una ráfaga de viento se llevó al chamarilero hasta la puerta norte del mercado, y mientras gritaba “Sígame, sígame”, el anciano esbozó una sonrisa, se agachó, recogió un objeto brillante del suelo y se fue, cojeando levemente, con una muleta debajo de la axila derecha.

## *Hablar*

“Hablar hablaremos cuando muramos”, dijo Cretés. Y desde ese mismo momento se quedó callado, se vistió con harapos, husmeó la comida en el ágora y fuera de ella, e incluso llegó a ulular en las noches de luna llena, cuando veía el reflejo de un solo rayo de luna posado sobre el busto de Artemis.

## *Harina*

“Harina de otro costal”. Esta fue la frase que pronunció mi abuelo cuando supo que me iba.

No es que yo le hubiera dicho dónde me iba o por qué había decidido marcharme. Recuerdo que estuve intentando hacerle entender que uno ha de recoger un día sus cosas y agitarlas y remeterlas en una bolsa de arpillera o en una maleta cuarteada y luego marcharse como se marchan los cachorros de todas las especies, desde el koala al mosquito.

Pero en verdad lo único que alcancé a decirle fue: “Abuelo, un día también tú cruzaste los mares para hallar otras tierras y fundar la estirpe que la que yo soy el último representante.”

“Harina de otro costal”, murmuró el abuelo sin apenas despegar los labios. Y luego dejó caer su mano encima del brazo de la butaca y añadió: “Ve. Pero no me digas dónde ni por qué. Quizá algún día te veas obligado a negarme como Pedro, y más de tres veces.”

## *Hebilla*

Digo yo que algún día a alguien se le va a ocurrir liberar a la hebilla del cinto, colgársela como una joya en medio de un pecho desnudo o fijársela encima del moño como un tocado zahorí. Porque no cierto es que ni los pechos ni los zahoríes utilizan hebilla alguna para transitar por estos mundos de dios; mundos mudos, mundos mudos de hebillas encajadas o desencajadas, según; polícromas o claroscúras.

Digo yo que algún día a alguien se le ocurrirá fundir todas las hebillas del reino y conservar sólo una, la única posible, la que sólo se pronuncia y se dice, la que sólo es palabra. “Hebilla”, diremos entonces, y será como decir brilla o caricia, e incluso, abrázame o cántame una sarindonga, que no hay cinto que nos detenga.

## *Hermana*

La hermana Anunciación siempre fue una mujer adusta y enhiesta, aunque si uno se detenía a mirarla mientras recitaba su soporífera lección, podía alcanzar a ver el movimiento de sus jugos gástricos, atorbellinándose en fluidos de colores cálidos desde la boca del esófago hasta el recto.

En realidad, éste fue el único rasgo por el que se recordó a la hermana Anunciación después de su muerte: porque al igual que un modelo de esqueleto de anatomía práctica, al igual que un muñeco de plástico con los músculos y el sistema circulatorio, la hermana Anunciación tenía el torso transparente y se le veían los nudos del intestino y la forma abombada de la carne blanda del estómago, irrigado por un páncreas amarillento, yuxtapuesto a un saco biliar de proporciones modélicas. Y fue precisamente eso, que, a pesar de no haberse sacado el hábito en toda su vida, algunos de los que nos cruzamos con ella en nuestro periplo vital pudimos conseguir atravesarle el hábito con nuestros iris punzantes y deleitarnos en la visión de su sistema digestivo, transparente y móvil como los alambiques de un alquimista antiguo.

## *Hijos*

Los hijos son como los ojos: uno sólo se da cuenta de que los tiene cuando le fallan, o cuando le pican, o cuando no acaba de ver lo que querría. Porque con los ojos uno cree haber visto cosas que ensoñó o pensó o imaginó o deseó mientras apenas si recuerda lo que en realidad vio cuando vivió y cuando existía.

Y acaso los hijos no son sino unos ojos que con el tiempo se convierten en cataratas hasta que al fin le dan la mano para ayudarlo a traspasar el umbral de la luz y acercarlo a esa oscuridad que ya, por no ver nada de nada, ni imaginado ni soñado ni vivido, es más placentera y reposante.

## *Hombre ideal*

El hombre ideal es un hombre sin el al de aldaba, o de álamo, sin ningún *al* de alcachofa o de alfalfa. Aunque también es una idea, idea.

Se enciende el fuego y lo enciende, enciende la luz y la enciende; ilumina mi rostro, de repente cegado por esa luz, la tez clara, los rasgos marcados, los ojos opalescentes mirando al hombre y tocándolo; de entrada, tocándolo: hombros y omóplatos, sexo y nalgas.

Pero eso sólo es el principio, porque al principio fue el verbo, y el hombre ideal también es verbo y trazo, también fue pincelada y arco; y ahora ese hombre se arquea y habla, arquea el lomo y el torso y habla, señala algo a lo lejos para que yo lo mire, y luego se calla; y luego se calla y entrecierra los ojos y dice: “Estoy bien, aquí, contigo.”

Y al fin yo puedo deslizar ese índice tenaz e inquieto por toda su espalda, hasta el inicio de sus nalgas, y que el día caiga y mi índice y yo y él nos quedemos dormidos sin resollar.

## *Hoyuelo*

“Hoy huelo a lluvia”, dijo la abuela, frotándose con el dedo índice de la mano izquierda la barbilla, acariciando lentamente con los ojos cerrados ese único pelo negro y recio que le sobresalía de un mentón cincelado a fuerza de verdades.

Pero los que le escuchaban no dijeron nada. Así era el ritual. Primero había que dejar acudir a los espíritus de la abuela, dejar que le llenaran a uno de agua o de viento, para que, al fin, tras la lluvia, se aconteciera la verdad. Sólo uno estaba capacitado para asirla. Sólo uno de veintitrés, en una única sesión de hora y cuarto, estaba capacitado para hallar la textura exacta de la verdad invocada por la abuela y hacer que se materializara.

Pepito no había logrado cerrar los ojos. Los pantalones le apretaban demasiado y no se atrevía a desabrochárselos. No siquiera se atrevía a resoplar. Mantenía la boca cerrada a cal y canto, rezando para que alguien hablara por fin. Pero justo cuando vio a Cristina entreabrir los labios para decir el oráculo, se le escapó un eructo turbio como huracán oceánico. El silencio se cernió sobre sus rostros. Ahora todos le miraban a él, incluso la Abuela, que en un gesto que pareció sentencia dijo: “Hoy huelo a tormenta. La tormenta desatará las fauces de los leones y arrancará las alas de los pájaros. Sólo los que sepan beber su agua sabrán quién es el mesías y quién su impostor.”

## *Humildad*

*Hu*, o *hum*. Distinto, desde luego. *Hu* (o *uh*, da lo mismo) es lo que dice el fantasma que, por la noche, tras arrastrar su cadena, susurra apareciéndose tras el quicio de la puerta. Pero eso nunca es interesante, porque el fantasma sólo espeta ese único monosílabo parco y ahí se detiene, sin diálogo posible.

*Hum* es lo que dice el pensador, mesándose el pelo o sosteniéndose un cráneo repleto de cadenas significantes con la palma de una mano nudosa a fuerza de articular las falanges, intentando encontrarle humildemente sentido al todo, a lo único, a lo unido.

## *Inclinarse*

Hacia dónde. Para qué. Desde dónde. Quién se inclina y quién le mira hacerlo. Para qué. Por los menos alguien, aparte de Dios, ve el gesto del que se inclina, mínimamente esbozado, perpetrado con pudor algunas veces; las más, con furia.

Quién se inclina. Para qué. Hacia dónde.

Sólo el que se inclina lo sabe. El otro, el que hace de mero testigo del gesto no lo sabe a ciencia cierta. Pero aun así reconoce el ímpetu, el impulso, la furia. El que mira sabe de la furia. Las más de las veces, incluso del pudor. Y a pesar de eso sigue preguntándose lo que nunca se pregunta Dios: Quién es el que se inclina. Hacia dónde. Para qué.

### *Inocente (ver rímel)*

Vinocente Gräuss fue uno de los grandes poetas alemanes obsesionados por la palabra rímel, pero tenía un problema grave. Le sucedía a Vinocente que cuando le faltaban las palabras, en lugar de musitar “rímel” para invocar a las musas, musitaba “sargazo”, que era una palabra totalmente ausente de los diccionarios de poesía al uso en la época. Así que cuando al cabo de haber publicado cuarenta y seis libros sobre el mar y los pulpos al fin le premiaron, además de olvidar vestirse con la levita de rigor, al oír a los poetas consagrados empezar su canto ritual, en lugar de levantarse y acudir al estrado, se acuclilló encima de la silla y empezó desatinadamente a cantar en do bemol “sa-argazo, sa-argazo” con tonada de fado y acompañamiento de viento de orejas. Y así fue como desafortunadamente, además de echarle de la sala, los otros poetas insignes le retiraron el galardón y su nombre oficial de poeta. Y luego él se lanzó a los mares como Rimbaud y vivió el resto de sus días ataviado con una túnica, cantándoles a los pulpos epopeyas épicas de una incomparable sutilidad lírica. Por eso se dice de él que, a pesar de que efectivamente logró ingresar en el Parnaso, vive en el jardín de la charca, acompañado de ranas y lagartijas, y que apenas se habla con el resto de poetas rimáticos.

## *Insomnio*

“Insomnio, hijo mío”, le gritó su madre, “Te has puesto de barro hasta las orejas. No, si yo ya se lo dije a Purificación: a este niño hay que cepillarlo, porque tan pronto como ve una bacinica llena de agua y un montón de arena, se lanza a ungirse con un emplasto inventado y luego queda de barro hasta las orejas, hasta lo más profundo de su gusanillo interior. Y luego, con la excusa de que se ha quedado sordo, no hay modo de hacerle obedecer. Este hijo mío es una cruz, por dios, una cruz, y ni siquiera me quedan clavos para dejarlo bien amarrado a la pared”.

## *Jefe*

“Al jefe –je, je– uno, un día por la mañana en que está especialmente zumbón y gruñón, debe pillarle por sorpresa con un rollo de cinta adhesiva, larguísima y muy pegadiza, y convertirlo en un paquete, en un bulto listo para ser enviado por correo exprés certificado a una isla remota de brujos y parlanchines en la que nadie oiga y a todo el mundo le zumben los oídos.”

“Eso está claro”, dijo Raúl, “No es ninguna novedad. Lo realmente nuevo es que hoy mismo, en la ciudad ya no quedan rollos de cinta americana en ningún sitio. Recién ayer la recorrí toda con ese mismo propósito y regresé a casa con las manos vacías y un enorme dolor de cabeza. Y no se me ocurrió ninguna alternativa viable. Tenemos que organizar una resistencia colectiva.”

## *Lapsus*

Decir *lapsus* era, en tiempos inmemoriales, como decir *domus* o *manus* o *tuus* o incluso *meus*, es decir, como establecer una relación verbal con un objeto que, como un tornillo o una ruedecilla dentada, encaja en nuestro ser global. Por eso cuando un *quidam* cualquiera decía *lapsus*, los otros se reían, le señalaban con el dedo y le gritaban: “¡Lapsus, lapsus, lapsus!”, como cuando los niños jugando dicen “¡Prenda, prenda, prenda!”. Y entonces el *quidam* emisor del *lapsus* hacía la vertical o una mueca de gorrino con los dedos en la boca y en la nariz y entonces los otros se ponían serios y musitaban para sí: “La vida es bien paradójica, ya ves.”

## *Laringe*

“Laringe, ven. Mamá te llama.”

Pero Laringe no podía moverse, no podía desperezarse, no podía obligar a todos sus músculos y labios a ejercer una acción cualquiera, perpetrar un acto de comunicación que le permitiera levantarse o alzar el vuelo, envolarse hacia las capas altas de la atmósfera para ver los tiempos y las nubes de tormenta y otros soles.

“Otros soles, por dios”, pensó Laringe, sin poder articular en voz alta ese mismo pensamiento, “otros soles con otros planetas y otros continentes y llanos y ciudades y barrios y calles y edificios y hermanas y madres que al fin no te llamen, que no, que no te llamen y te dejen permanecer tumbado, escrutando el cielo enmudecido, esperando la revelación, el extraterrestre prodigo que tiene la respuesta o debería o podría pronunciarla en ese instante mismo antes de que vuelva a acontecer el exhorto.”

“¡Laringe, es la última vez que te llamo!”, gritó alguien, una voz femenina a lo lejos.

Y Laringe se calló y se fue a otros soles.

## *Leotardos*

Desde pequeña siempre pertencí a la especie de los felinos. Lo supe claramente en el mismo instante en que, arrebatada de mi jungla, depositada a la fuerza dentro de un panal de humanos con agujón, mi madre me dijo: “Ten, estos son tus leopardos.”

Me imagino que lo hizo para consolarme, para que me fuera adaptando a mi vida humanoide en compañía de unos vástagos míos camuflados de lana y calzados en mis patas de felino desconcertado.

Siempre siempre, hasta la madurez, transité por el panal de los humanos con agujón con mis leopardos de compañía. Hasta que saqué las zarpas y logré desgarrar la cortina de humo que me separaba de mi jungla natal.

***Letra, acep. 1) Letra literaria***

Letra literaria es el tipo de letra cursiva y acaracolillada con la que escriben los doctos doctores universitansis, que son los miembros de una secta gnóstica cuya premisa y objetivo vital es uno grande y libre, es decir, la conversión del cosmos – materia oscura incluida- en un grandioso eructo de gas hidrogenado combustible.

Se olvidaron ya, estos doctores gnósticos, de convertir las heces en oro y a la inversa. Ya dejaron de interesarles lo mismo el metal vilipendiado y las excrecencias purulentas de su cuerpo cansado. No quieren ni pintar con heces ni labrarlas a modo de experimentados orfebres venecianos. No. Ya no quieren nada de eso sino todo lo contrario: ingurgitar el cosmos de una sola bocanada cierta y certera, y expulsarlo luego en forma de ventosidad cósmica.

## *Lila*

“Lila liló”, iba cantando una alegre campesina con las manos en los bolsillos de su delantal de flores y el pelo recogido en un pañuelo de gasa. “Lila, liló”, cantaba contenta. Hasta que –¡oh, Dios! - se le apareció tras un recodo del camino el lobo: el lobo peludo y móvil, el lobo feroz y cansado de serlo (¡Dios! ¡Qué cansado estaba el lobo!).

“¡Por favor, por favor!”, le espetó el lobo a la campesina sin darle siquiera tiempo para asustarse “No me digas que no tú también. No te vayas corriendo.”

Y entonces la campesina se detuvo frente a él, irguiendo la cabeza, y mirándole de hito en hito le dijo:

“¿Tú también, lobo, hijo mío?”.

Y luego el lobo sollozó y sollozó y la campesina lo meció, acunándolo entre sus brazos mientras le cantaba una nana que decía: “Lila, liló, iba cantando una alegre campesina.”

## *Llave*

Por lo general a los humanos les encanta deleitarse con los llaveros, elegirlos cuidadosamente, recibirlos como regalo, mostrarlos, sacudirlos, que tintineen.

Yo creo que en el fondo buscan un pretexto para olvidarse de lo que sostienen, del núcleo de la cuestión, del objeto clave que figura tras su ostentoso maquillaje: las llaves. Así es que vamos a no hablar del tema por una vez y dejaremos en el aire a algunos de sus socios: la cerradura, los dientes, el ojo, la puerta, el mundo.

Y que se apañe cada cual con su imaginario.

### *Maceta, acepción 1)*

De todas las macetas que jamás tuve, lo que nunca dejó de fascinarme no fueron ni sus hojas plurilobladas ni sus tallos espinosos o clorofílicos en exceso, ni siquiera las ocasionales flores de corola erguida orientadas hacia la luz o la música, según. Lo que en realidad siempre me cautivó de todas las macetas que se sucedieron en todos mis espacios habitados fue la tierra abonada y sus grumos terrosos con olor a musgo y lana.

## *Maceta, acepción 2)*

Maceta era alta y espigada como su abuela. En el pueblo siempre la confundían con ella, a pesar de la obvia diferencia de edad que existía entre ambas. Pero lo que más llamaba la atención cuando uno la conocía no era que no se pareciera en nada a su padre o a su madre o a sus siete hermanos, sino más bien que en lugar de llamarla moceta, desde niña todo el mundo la hubiera llamado Maceta, sin más.

Y no era que se pasaran el nombre de unos a otros, o que lo hubieran oído por boca ajena, o que ella misma se presentara bajo este apelativo. Porque lo cierto es que el misterio era triple: por un lado, sus padres eran ciegos, por lo que no habían visto una maceta en su vida; por otro, maceta era muda de nacimiento, y aunque no era sorda, no parecía ofenderse al ser interpelada con ese sustantivo florido; y por último, tras múltiples investigaciones realizadas por sabios venidos de los cuatro confines del mundo, que la habían observado en situaciones de lo más inverosímil, parecía que ese nombre era la inusual consecuencia del campo magnético que la chica desprendía y que hacía que, al conocer a alguien, fuera cual fuera su sexo, edad o estado civil, la persona en cuestión siempre emitiera la misma frase inmodulada: “Hola, Maceta”. Y que, tras decirlo, le estampara un sincero beso en la mejilla ante el cual, Maceta sonreía con haciendo emanar de sus ojos un resplandor de lucero del alba. Y aunque bien podría haber sido el caso, nunca nadie le dio ese nombre, que era el que mejor le iba.

## *Madre*

“Mi madre me espera”, le dijo Pulgarcito a un ciervo del bosque con el que se cruzó por azar.

“Tu madre no sabe dónde estás, pero no te espera”, le dijo el ciervo “porque aún no te sabe perdido. En la noche te esperará. Y desesperará. Pero debe hacerlo. Ésta es la historia, y tú eres Pulgarcito.”

“Yo no me llamo Pulgarcito”, le dijo entonces Pulgarcito. “Soy el príncipe del reino y me llamo Klaus. Por eso mi madre me espera y no desespera, porque el mundo de los príncipes es perfecto.”

“Tú mismo”, le respondió el ciervo, “Tú mismo.”

## *Mancha*

“Mancha la bici”, dijo el padre. “Llena las ruedas de aire, súbete a ella y vete, vuela, salta, intérnate en la jungla, codéate con los monos y las cabras, grita como los grillos y las cacatúas, sumérgete con tu bici en los ríos y lagos, déjate bañar por las cascadas. Y luego vuelve, por favor; vuelve y cuéntame todo lo que viste para que mis ojos sean también los tuyos, y al revés.”

## *Manta*

Arrebujado va en la manta, con las sandalias en la mano y el pelo ensortijado al viento de la noche. Le llaman el mesías, pero la noche está oscura y tiene miedo. Le llaman el mesías, pero ayer le mandaron al desierto para que demostrara que es el hijo de Dios.

“Tienes que ir al desierto”, le dijeron, “para que luego podamos creer tus palabras y ver tus estigmas. Sin estigmas no serás el mesías; y sin el desierto no serás el hijo de Dios”

Por eso es que anda cauto, sin sandalias, arrebujado en la manta, buscando una roca, una oquedad, un refugio en el que poder reposar.

Tiene miedo, porque sabe que en el desierto se acontecen todas las debilidades y todos los miedos, eso a lo que los que le mandaron llaman tentaciones o demonios.

Entrecierra un momento los ojos y vuelve a abrirlos. Ve una roca blanca, iluminada por la luna tenue que le acompaña. Levanta la vista y la detiene en el cielo, plagado de estrellas.

“Las estrellas no dan miedo”, se dice, “las estrellas no dan miedo” Y al fin se duerme mirándolas, arrebujado en su manta. Al fin se duerme el mesías tan profundamente como cualquier otro hijo de dios.

## *Máquina tragaperras*

Una máquina tragaperras es, por lo que me han contado, el sucedáneo del ataúd que no nos atrevemos a mirar antes de que nos llegue la hora. Será por esa analogía entre el don de la vida y de la muerte encarnada que la máquina tragaperras todo lo traga como pozo sin fondo sin devolver nunca cambio. Porque las máquinas tragaperras nunca devuelven cambio. A lo sumo nos devuelven nuestro gesto inicial de vanidad, que no es poco.

## *Matrimonio*

Antimonio. Con A mayúscula. Es el primer elemento, creo, de la tabla de los elementos. No lo decían, pero me parece que se referían a los elementos esenciales que lo componen todo en el universo finito, o acaso en el infinito y más allá. No sé bien. El caso es que la tabla empezaba con la A de antimonio y terminaba con los gases volátiles. Los gases puros o nobles, creo que se llamaban. Antimonio y gases nobles. Toda una declaración filosófica de la concepción humana del universo.

Antimonio siempre me sonó a antídoto para el monio, que es la mónada, la unidad, la soledad, el yo sin nadie, vamos.

Por eso matrimonio es justamente lo contrario: la unión entre mónadas o seres solitarios o solos, según. Eso sí, no debe ser gaseoso ni volátil, pero sí noble y elemental como la tabla de los elementos.

Esto es: periódicamente el simio que somos se confronta con la mónada y elige el matrimonio. Periódicamente desde la nobleza volátil. Luego se volatiliza la nobleza y los dos monios, o sea, monos, se miran a la cara y se preguntan: ¿de dónde venimos? ¿Adónde vamos?

-Hacia la muerte -dice uno.

-Polvo seremos -dice el otro-, mas polvo enamorado.

El monio que dice esto último es el enamorado.

El otro es el realista.

Pero así son, como un sistema de estrellas púlsares. Dos complementarios. Para andar. Para lo que manden.

## *Memoria*

“La memoria actual se ha visto reducida a sobrevivir como un objeto cotidiano y banal, de un color sucedáneo al de la luz y cuya función es alarmar al olvidadizo. La memoria actual se ha visto reducida a figurar en un trozo de papel de cuatro centímetros cuadrados: la nota.”

Dicho esto, Eustaquio Moreno se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar ruidosamente ante el público, atónito o indignado, según. Hasta que a alguien se le ocurrió lanzarle un cabo acercándosele sigilosamente y susurrándole al oído con dulzura: “Doctor Moreno, le recuerdo que el título de su conferencia era ‘Razón y angustia del lapsus memorandi; exposición práctica.’”

Entonces el Doctor Eustaquio Moreno se sorbió los mocos, se enjuagó las lágrimas con un pañuelo de hilo y prosiguió: “Efectivamente, señores: mi conferencia pretendía ilustrarles con una exposición práctica sobre la razón y la angustia del lapsus memorandi. Acto seguido procederé a enumerar las fases neurótico-compulsivas del Lapseante.”

## *Mensajero*

Hay una frase clásica que dice algo así como “matar al mensajero”. Como con el exegeta, me imagino que debe proceder de las guerras médicas, de los tiempos clásicos de la Grecia clásica. A mí el mensajero que hay que matar me da pena, o, mejor dicho, no me sugiere mucho. En realidad, el mensajero que más me gusta, el que siempre veo cuando cierro los ojos es Hermes, el que lleva sandalias romanas con alas, el que volando va repartiendo mensajes a troche y moche. Hermes es un mensajero volador y volante, de cabeza hueca, pero buena persona. En el fondo, también es el marido ideal para las amas de casa: fornido, apuesto, veloz. Me cae bien el mensajero Hermes. Pero en verdad de la buena los mensajeros nunca me han dicho gran cosa. Lo que en realidad siempre me han fascinado son los mensajes.

## *Mentirosa*

La más grande de las mentirosas de la historia humana fue la pitonisa de Delfos, que queriendo complacer a los reyes, convertía sus visiones descabelladas en oráculos de sangre y muerte. Pero en el fondo quizá fue también la única mentirosa de la historia humana, pues raramente se les dejó a las mujeres mentir al cabo de los siglos de la barbarie, si acaso esbozar un mohín displicente o enjuto.

Así las cosas, las mentirosas históricas fueron sistemáticamente ahogadas o quemadas en la hoguera, hasta que bajó un día del Olimpo el dios Oráculo y les dijo: “Hablad desde el miedo y vuestras palabras serán profecía y ya nunca nadie os entenderá.”

## *Miedo*

“¡Miedica, miedica, gallina pustulenta, miedica, miedica, gallina chica!”

Esa letanía me gritaban los niños de la guardería, esa y otras tonadillas igualmente insulsas, al tiempo que se arremolinaban y se arrebuaban, que se compactaban unos contra otros temblorosos, buscando a un tiempo calor humano y un eco para sus voces desgañitadas. Pero aún era peor cuando yo, plantada en medio del corro, les decía: “Sí, miedica, ¿y?”.

Y entonces ellos chillaban como gnomos en el fuego del infierno y chirriaban de dientes y se tiraban de los pelos. Y entonces yo decía en susurros, para que no me oyeran: “Perdónanos, padre, porque se nos embarullaron las palabras.”

## *Migaja*

Migaja era el apodo afectivo que Tomás daba a sus pájaros cuando les daba los gusanos de la cena. Algunas veces, sin embargo, un albatros volaba alto y se le posaba justo delante, graznándole amenazadoramente. Entonces Tomás le mantenía esa mirada suya de alfiler incandescente y el albatros bajaba la cabeza y se picoteaba compulsivamente el ala derecha. Hasta que una noche en la que no podía dormir, Tomás le halló un nombre. Y al día siguiente, al verlo volar acechándole de nuevo, le gritó: “Gavilán”. Y el albatros se le posó suavemente en el hombro y le picoteó dulcemente durante largo rato la nuca como si quisiera despiojarlo.

## *Mochila*

Llené la mochila con todo. Es decir, con toda la colección de aperos de labranza que me había legado mi abuelo, incluidos un azadón de filo oxidado virando a verde musgo y un yugo de madera de álamo de la edad del cobre.

La mochila pesaba, pero como en esa época mis pies eran algo alados, no me costó levantarme y emprender el sendero de la hidra, que serpenteaba hasta la cima a través de un arroyo juguetón en el que el agua, además de ser extrañamente caliente, poseía el tono magenta propio de las aguas que nacen sin apenas llanto.

## *Moneda*

En la moneda ve Lazarillo lo que perdió. Se le cayó al Viejo, es sordo. No oye el tintineo que hace al rodar por los adoquines. Lazarillo se agacha a recogerla: su tesoro. Jamás tuvo en las manos una moneda. De cobre. Brillante. Reflejando el sol. Contante y sonante.

La moneda huele a pan, a ajo, a puchero de laurel y tomillo, a gachas, a chorizos. Sabe rica, la moneda. Se agacha para cogerla, pero está en mitad de la calle.

Pasa un carruaje, las ruedas chirrían. Pasa raudo. Y cuando ya ha pasado el Lazarillo no ve la moneda. No está. Se habrá hundido en el resquicio entre dos adoquines. No puede haberla cogido nadie. Ha sido en un abrir y cerrar de ojos.

Lazarillo tira nervioso del dobladillo de su zamarra de arpillera. Entre los dedos índice y pulgar retuerce una hebra. “No. No puedo haber perdido la moneda” le susurra a la hebra. “Perdí la moneda”, le dice. “Ayúdame a encontrarla”.

El viejo le da un pellizco en el hombro. Quiere que le ayude a cruzar. Lazarillo mira a ambos lados de la calle, y luego da un paso y salva el escalón. Baja la vista a los pies del viejo. Ajados, abotargados, llenos de venas azules bajo las cinchas de las sandalias.

El viejo está cansado. Pronto querrá irse a dormir y a Lazarillo le tocará ir a buscar algo que llevarse a la boca. Mira los pies al tiempo que le tiende al viejo la mano. Y de repente ve un destello rojo, como la llama tenue de una lumbre moribunda. La moneda. Un único destello para encontrarla. El Lazarillo se afana, suelta la mano del viejo y se echa cuan largo es en el suelo, entre dos adoquines, casi al otro lado de la calzada. El viejo le grita. “Eh, rufián”. Pero Lazarillo ha sido muy rápido.

La moneda, guardada en el calzón. Un beso de agradecimiento a la hebra. La mano tendida al Viejo para que por fin cruce la calle. Y en la boca, la saliva a chorizo y pan y pochas y gachas y puchero.

Qué rico.

## *Mordisco*

Tras el mordisco se quedó sin bolígrafo, porque una cosa es andar mordisqueando el capuchón de un bolígrafo o su extremo inferior, y otra muy distinta morderlo con las muelas del juicio justo en medio del fuste, que es su alma.

## *Moscardón*

Encima del papel estaba el moscardón biplano, de alas pegadas con pieles y pelos, con las melenas largas y pobladas y un mechón en la cara cubriéndole el ojo derecho –el ojo derecho, el ojito de su madre. El moscardón entonces, después de recogerse el pelo con la mano izquierda –la de la ignorancia, según decía su madre–, estornudó tres veces seguidas, y a la cuarta se sacó un pañuelo estampado con escaleras de Escher, se sonó más que ruidosamente la nariz y dijo: “Me sabe mal, pero no pretendía hacerle llorar, señorita.”

## *Mota*

La mota era saltarina como un saltimbanqui, a pesar de que muchos ojos avezados a la razón y a la cuadratura la habían analizado en su aterrizaje con un metrónomo de lentitud y vagancia y le habían asignado una ecuación de recorrido errático e inasible. La mota, a pesar de ello, continuaba saltando y riéndose por lo bajo de tanto sabio carcomido y enjuto, de tanto sabio calvo y pequeño y bostezante. Por eso, la mota continuó saltando a pesar de los siglos, burlando a Newton y a Planck, a Einstein y a Poincaré, hasta que al fin alguien la localizó en Alpha Centauri charlando animadamente con un grupo de microcélulas alienígenas.

## *Móvil*

Este móvil no es de los que se cuelgan del techo y se mueven con la brisa bailando una danza de faunos y ninfas de estilo clásico, repiqueteando y brillando como los móviles de Calder o los que hacíamos de pequeños en la guardería con botes de yogur o macarrones pintados y cartones recortados con forma de pez o mariposa.

No.

Este móvil últimamente se cimbrea un poco, temblequea para llamar la atención, para que le escuchen. Pero no hay atracción ni sensualidad ni imaginación en la opacidad de su pantalla, ni cuarzo líquido ni circuito interior electrónico.

No tiene un circuito interior líquido: fluye demasiado.

Este móvil esencialmente hace bostezar. A menos que, por ese único don humano que tiene, y que es magia pura, emane voces cálidas y presencias en el pensamiento.

## *Movimiento*

“O miento o me muevo”, decía Hamlet, agarrado a su calavera cómplice, mirándole al fondo de las cuencas. Y la calavera le respondía: “Cállate.”

## *Mudo*

Un mudo es un mundo sin ene, la ene de desnutrido, enésimo o energúmeno. Por eso, un mudo suele ser un ser nutrido, ésimo y gúmeno. Aunque realmente no podría afirmarlo con certeza, porque lo mismo podría decirse de un figurante. Quizá se debe a que los mudos, como a los figurantes, les falta o les sobra algo. A los mudos, por ejemplo, les falta una ene para ser mundos. Y a los figurantes les sobra el antes para ser figuras. Y así a ninguno les acaban de llegar los pies al suelo, que es donde se suelen echar raíces para nutrirse.

## *Nariz*

De nariz en nariz surgió el juego como un vaho detenido en la película primera del alba. Como el vaho escapado a la marisma o a la lumbre o al pozo.

De nariz en nariz surgió el juego que todos los lugareños compartían como un guiño leve acompañado de un bostezo de mosca tempranera, y luego se seguían unos a otros hasta alcanzar el círculo.

Y ahí, entre bloques graníticos y algún que otro matojo de malvarrosa, quizá alguien alcanzaba a proferir esa risa nítida como canto de cristal quebrado que llamaba a los espíritus de sus ancestros y a los seres que ellos habían sido antes de rozarse las pieles con las puntas de los dedos ya gastadas con una huella de siglos y ciclos.

## *Niebla*

Hubo unos campos de maíz sumidos alternativamente en la niebla y el sol; periódica y sucesivamente asumiendo humedad y tormentas, creciendo alternativamente en la oscilación entre el agua y la primera ameba y el helio del primer latido estelar.

Luego, un día, llegó el tiempo de la siega, y el tiempo de moler el grano para hacer harina, y el tiempo de amasar la harina con agua y cocer el pan al rojo vivo.

Y luego, más tarde, llegó aún el tiempo en que a alguien de mirada breve como un otoño se le ocurriera, mordiendo cierta hogaza arcaica, que no hay elemento que no esté en todas partes, que no hay dentro ni fuera, sino siquiera espacio y éter.

## *Ordenador*

Yo creo que, en el fondo, prefiero los computadores a los ordenadores. Es decir, que me gustaría más aprender a contar, a calcular, a recitar interminablemente todas las series posibles de números naturales e imaginarios que ordenar incansablemente todos los ítems del conocimiento. Como dijo una vez Elna, para ordenar ya está Dios, y no podemos pasarnos la vida intentando emularle en su caos.

## *Organdí*

Un trozo de organdí arrancado, enjironado en un gesto brutal de primate, convertido en un fragmento de tela que no ha perdido su esplendor, en un jirón devenido retazo de deseo. Ese organdí, el que se desgarró y rasgó en un sonoro ras, se convierte en un grito que sube, que se levanta y se alza y sube, que gime y suspira: más, más, hasta las nubes.

Y cuando al fin el jirón alcanza el techo en el que se recorta la sombra de una palmera, el organdí estalla en orgasmo y pierde todas sus letras para transmutarse en la sonrisa idiotizada de un gorila colmado.

## *Paciencia*

Claro, cómo no caímos antes: paciencia es paz y ciencia, es decir, limbo y conocimiento. Uno se detiene, asciende y se detiene por un momento en el limbo, desde donde goza de una fantástica vista panorámica encima de todo, incluso del ser y la nada.

Uno se detiene ahí, en el limbo, retiene por unos instantes la respiración como si quisiera lamerla, o degustarla, o simplemente haber estado ahí durante todo ese tiempo.

Y luego, desde ese privilegiado mirador sobre el ser y la nada uno lanza o vuelca su mirada hacia el mundo, y conoce, y conoce y reconoce el saber y el hueco, el olvido y la resistencia.

Y con esta ciencia y esta paz uno construye algo, un rasgo esencial, un rasgo esencial y certero y definitivo para poder no morirse mientras tanto, mientras a uno no se le lleva definitivamente la vida al limbo y tiene algo de conocimiento y algo de oxígeno para seguir esperando –paciencia, paciencia, paciencia: al fin todo se acontece, incluso esa muerte a la que ya temiste demasiado.

## *Página*

La primera página nunca es la última. Parece obvio pero no lo es, porque justamente ahí radica toda su miseria y también todo su esplendor.

La primera página nunca es la última. De ahí que su alumbramiento siempre se alargue, se vaya disolviendo y demorando a la espera de convertirse en una página en negro, una página viva y única como el ser que la pinta.

Así, siempre se fuerza y se dilata el alumbramiento de la primera página, pero cuando acontece sólo es el principio, aunque prometedor y tímido, de tantos pasos y tantos bostezos. La primera página se convierte entonces en una precursora entrometida, en una curiosilla impertinente, porque tras ella se ven obligadas a acontecerse el resto, las páginas segundas o sin número, las que realmente llevan el peso de la vida y la carga del silencio.

Y aun así la primera página nada tiene que ver con la última, porque tras la primera siempre queda algo por decir; y tras la última, ya no queda siquiera página.

## *Palabra*

Palabra es como abracadabra: la invocas y se acontece; pues a pesar de no tener color ni sustancia aparentes, los contiene todos desde el primero al último.

## *Pan*

“Dar al pan lo que es del pan”, dijo una y otra vez musitando, sólo pudiendo musitar para alimentar o imitar las voces que la habitaban desde ese día, ese día, ese día maldito y feliz en el que después de mucho tiempo, y mucho tiempo después de haber cruzado los páramos a pie, despellejadas las plantas, ateridas de frío las piernas, a pie y mucho tiempo después de ese día maldito y feliz, ese día justo y necesario como justas y necesarias eran todas las cosas de la carne y el espíritu, ese día supo que le había caído el pan del cielo, que le había caído justo ahora, justo ahora; justo en ese momento de su vida en el que ya no le quedaban dientes.

## *Pañoleta*

“Paño, paño, pañoleta / un día sí, y al otro teta”, le canturreaba, meciéndola entre sus brazos de mujer oronda. Su orondez era paralela a su voz, de una densidad de miel y helecho por tamizar. “Paño, paño, pañoleta / un día sí, y al otro teta”, le iba canturreando, mientras la paseaba por los campos, se inclinaba para desenterrar una zanahoria o una patata terrosa, mientras sacaba baldes de agua del pozo, mientras se sentaba en la vereda a esperar que cayera el sol rojizo de una primavera extraña.

Ahora ella recuerda el canto y la primavera extraña como si fueran uno, recuerda la brisa que le erizaba la piel de la nuca, recuerda el sabor levemente agrio de una leche demasiado franca, o los pasos tercos de unas botas de goma en el río.

“La trucha, la trucha, la trucha / se mete en la hucha, la pañoleta se guarda en la teta”.

Se le va apareciendo la canción, como si hubiera tirado de un hilo de araña, de un hilo de medusa, de un hilo de oruga.

“La trucha, la trucha, la trucha / se mete en la hucha, la teta se guarda en la carreta”.

Se le va deshilvanando la canción en la oreja, enrollándosele por el cuello, por los brazos, por el tronco del olivo en el que se ha recostado esperando la caída del sol en una primavera demasiado extraña, menos quizá que aquella, pero igual de incomprensible.

“La primavera sacude la tierra entera, la pañoleta se despide de la seta.”

## *Pañuelo*

El pañuelo dice adiós, sostenido en una de sus puntas oscurecidas por la mano sudada de una niña con vestido blanco de organza y lazo azul celeste.

A la niña no le duelen ni el adiós ni el pañuelo, sino más bien las merceditas de charol con hebilla que su madre insistió en atarle en el último agujero, el del final, el que más mortifica.

## *Pantorrilla*

La pantorrilla se la sacaron a Cristo del Pantocrátor. Es decir: Umberto Ucellini, famoso precursor de los frescos románicos de Montepulciano e inventor del Pantocrátor canónico, empezó a pintar a Cristo desde los ojos. “Los ojos son el espejo del alma”, se dijo, “lo primero es pintar al hijo del Dios de modo que sólo a través de su mirada se perciba la presencia del Padre.”

Y después de haberle pintado los ojos, los enmarcó con sendas cejas negras y delgadas, trazó con el pincel una nariz clásica y modesta, prosiguió con un mostacho sugerente –el mismo que, al fin y al cabo, adoptó Dalí para hacerse reconocer como hijo de Dios-, y finalmente, agotado por tanto esfuerzo retratista, envolvió el rostro con una túnica añil de pliegues solemnes y se dio cuenta de que la mandorla se le había quedado pequeña, de que ya no le cabían piernas ni pies, y de que Cristo pasaría a la historia por tener mirada y no cuerpo. Y de ahí el mismo Ucellini escribió un tratado sobre el cuerpo ausente de Cristo, encarnado por el Espíritu Santo.

## *Papanatas*

Un trozo de codillo de la sierra de aproximadamente dos kilos

Cuatrocientos gramos de patatas nuevas

Una medida de nata de ordeñar

Un manojo de romero y salvia

Sal y pimentón ocre al gusto

Se pasea al codillo, se lo saca a pasear aprovechando las últimas luces del día, para que se refresque, para que beba el aire y se le esponjen todas las hebras. Luego se mete de nuevo en casa y se le sienta en la encimera un rato, mientras se procede a preparar el manjar de la noche.

En un cazo de bronce se deslíe la nata de ordeñar con los brotes de romero y la salvia, cuidando de desmigalar bien los pétalos para que colorean de un púrpura un poco macilento la mezcla. Luego se adereza la mezcla con una pizca de sal, y otra de pimentón ocre, y se deja borbotear a fuego lento mientras el codillo nos cuenta algo interesante.

Las patatas, como nos falta tiempo, se dejan para la comida del día siguiente.

Finalmente se pone la mesa, se sienta al codillo en el lugar de honor, se le sirve un buen vaso de vino y se comparte con él un bol a rebosar de papanatas tibias.

## *Paquete*

El paquete le salpicó como una salsa de tomate fluida hervorisqueando en una sartén sin mango. Cierta que la relación parece difusa, pero en ese caso no lo era. Porque el paquete que tuvo que ir a buscar Gertrude en horario laboral a la estafeta de correos a la otra punta de la ciudad contenía una única lata de tomate de importación, caducada de sólo dos meses y con un sospechoso bulto en el hemisferio superior derecho de la etiqueta.

Pero ni así se arredró Gertrude. Llegó a casa y se dispuso a preparar un sofrito mínimo para unos mínimos espaguetis. Y tras abrir la lata y vaciar su contenido, tras retirar con cuidado la capa de moho que cubría algunos grumos de tomate, lo puso a sofreír dejándolo hervorisquear alegremente, cuando una explosión de proyectiles minúsculos con olor a humedad rancia vino a darle de lleno en las narices.

## *Parada*

En algunos países en los que se escribe con *e* final, una parada simplemente una reunión de payasos y cabezudos y mujeres barbudas vestidas con lentejuelas y cabareteros y tambores y cítaras.

Pero en esos países raramente cae un sol de plomo al que sólo detienen las pérgolas. Por eso y por otras cosas que sería demasiado largo detallar, a menudo las paradas se convierten el recinto de brisa y silencio, y sólo muy de cuando en cuando llegan a estar amenizadas por el discurso entrecortado de un asceta imberbe de ojos amarillos proclamando el fin de los mundos y el juicio de Dios.

## *Paraguas*

Yo quise un paraguas sin rayas ni estampados, sin varillas incluso. Yo quise un paraguas que me cobijara en los días de tormenta y que luego pudiera reposarse como yo en los días soleados, apoyado contra una ventana, bebiendo un rayo de sol. Yo quise un paraguas que se sacudiera la lluvia y el granizo sin quejidos, sin agujeros, un paraguas sencillo, sin ambición, sin presuntuosidad; un paraguas de hombre de a pie, semejante a todos los paraguas que circulan y se saludan con una leve inclinación del mango por todas las calles y callejuelas, por todos los espacios del mundo. Yo quise ese paraguas, pero ahora ya no lo quiero.

## *Paredón*

La palabra paredón, como emparedado, hace referencia a ese bocadillo gigantesco inventado para saciar el hambre del mundo. Aunque también es cierto que Jesucristo no conocía esta palabra (claro que él tampoco escribió nunca.) En realidad fue Juan el visionario quien descubrió el milagro de los panes y los peces y quien decidió transmitir a la posteridad que ese pan cósmico era posible, que ese maná no divino, amasado con harina, huevo y aceite, ese paredón inconmensurable era posible y existía, que podía surgir de un gesto sencillo como el de apoyar un índice en el pabellón auricular preferido por un viejo, o de un movimiento lateral como el de cimbrar una cadera en una danza vestálica; o simplemente, del trazado errático de un brazo dibujando en el aire el signo de la cruz y declamando en una voz alta, audible y atronadora: “*Pane don, donus domini atque pares don.*” Y luego, la multitud encendida, poseída, gimiendo y chillando lágrimas de éxtasis vertidas en el suelo yermo y resquebrajado del huerto de los olivos, la multitud repitiendo en una voz coral e infinita la letanía reveladora: “*Pane don, donus domini atque pares don.*”

## *Pastillas Juanola*

Se las inventó El Juanola después de que todo el barrio le hubiera criticado incansablemente desde los tres años que se pasara el día masticando tallos de regaliz. “Eres un rumiante”, le decían las comadres, riéndose de su barriga prominente y de sus mejillas coloradas. Y Juan El Juanola fue tragando y tragando improperios hasta que no pudo más, y entonces se encerró en el taller de su padre y se pasó dieciséis horas como sus años cortando tallos de regaliz, en rodajas primero y luego en porciones, como si de un pastel bidimensional se tratara.

A partir de ahí, la historia es ampliamente conocida: cómo El Juanola empezó a pasearse por el barrio con unos paralelepípedos de regaliz guardados en la cajita de tapones para los oídos de su madre; cómo le envidiaron los chicos de su pandilla y sus madres y abuelas respectivas; cómo, en lugar de emularlo, le pidieron que les preparara una muestra del invento para poder causar sensación en fiestas y festejos; y cómo, poco tiempo después de haberlo inscrito en el registro de patentes y marcas, El Juanola se compró la casa más grande del barrio y se pasó el resto de sus días paseando por las mismas calles que le habían visto nacer ataviado con un chaqué morado y masticando vistosos e interminables tallos de regaliz de importación.

## *Pecas*

“Tú pecas”, me dijo el cura. Y nunca fue lo mismo que cuando Juanjo, el gordo alto de la pandilla de la plaza me increpaba súbitamente: “Tú, Pecas”, gritaba. Y luego aún lo gritaba dos veces más mientras yo, haciendo como si no fuera alto ni gordo ni jefe de una pandilla le respondía invariablemente: “Yo no me llamo ‘tú, Pecas’. Me llamo Yago, y por lo general no me gusta que me griten por la calle, a menos que sea por una emergencia”.

Y luego el gordo se reía de mí y se burlaba de lo que llamaba mis peroratas de niño de colegio de curas. Y al final, para terminar de arreglarlo, yo tenía que ir a confesarme por haberle roto la nariz al gordo de un puñetazo y el cura me decía: “Tú pecas”. Y yo terminaba gritándole a través de la celosía: “Sí, yo peco, yo peco ¿pero y el gordo qué? ¡Si ni siquiera tiene un nombre para replicarme que no le llame Gordo!”

## *Película*

“No me cuentes películas”, me dijo antes de que hubiera siquiera abierto la boca. Y fue precisamente porque no conseguí abrir la boca que se me apareció de repente ese único rollo de celuloide en una caja redonda y metálica que, guardado en algún almacén polvoriento, olvidado en algún estante de algún sótano sombrío y enmohecido, contenía la película de mi vida, todas las escenas de cine mudo en las que había participado como figurante y también las que me otorgaban un primer plano o un plano medio, aunque casi nunca hasta los pies.

## *Pendientes*

Los pendientes colgaban del techo como morcillas puestas a secar, como pimientos de cosecha antigua, como la pendención imparable del condenado a muerte. Los pendientes habían pertenecido a una mujer acusada de haberle robado los amerindios a su madre, aunque todo el mundo supiera y hubiera sabido que los indios la querían sólo a ella, que por ella habían cruzado todos los océanos desde América sin demora para acurrucarse a sus pies para siempre. Por eso los pendientes colgaban del techo como un exvoto legado por la mujer a sus descendientes, para que todos supieran que en la vida nada queda pendiente y que los indios siempre regresan al fin a buscarnos.

### *Perro, Aceptación 1)*

Si yo fuera perro me tumbaría bajo los árboles de la jungla, sería un perro salvaje, o, mejor dicho, silvestre, un perro a la sombra de los magnolios y de las cícladas, entremetiéndome entre las enormes hojas escarchadas de la selva como una hormiga gigante. Y luego me acercaría al arroyo a beber agua y saludaría por igual a los cocodrilos y a las hienas, porque un perro silvestre raramente tiene depredadores que le amenacen o le amarguen la existencia.

Por eso, si yo fuera un perro silvestre comería fresas silvestres y arándanos silvestres y alguna que otra achicoria, y casi siempre intentaría dejar para las emergencias la ingestión salvaje de mis congéneres selváticos. Y claro, también dormiría un montón, reposando en los túmulos herbáceos o en las orillas fangosas de los ríos tropicales, y sonreiría a mis anchas, para mí, para nadie en concreto, para el dios menor de las criaturas peludas y silvestres.

## *Perro, Aceptación 2)*

Hoy vi una manada de perros de piel hirsuta, debatiendo apasionadamente sobre la psique de los humanos, de sinapsis tan parcas y con tan poca imaginación en los colores y los saltos, tan limitados en las acrobacias.

Los perros reían desincronizados, abrían las mandíbulas con gracia y elegancia, sosteniendo la lengua, arqueándola sin gotear saliva alguna. Se reían hasta casi llorar: “¿Os imagináis, os imagináis a un humano sin cola ni patas acrobatizando al vuelo, intentando rodar sobre sí mismo, pillar una liebre al vuelo, de un solo manotazo?”, contaba uno. Y los otros perros se reían, se mondaban de la risa, se retorcían por el suelo. Uno, que había perdido la compostura, se sorbía los mocos sin dejar de toser.

Luego, inopinadamente, se hizo un silencio absoluto, cerraron las mandíbulas y se echaron al suelo. Se acercaba un humano, que al pasar junto ellos, a unos pocos metros, musitó: “¡Qué día de perros!”

## *Perseguía*

Perséfone perseguía a las Perseidas, que eran unas sirenas libres como amazonas que poblaban la bóveda terrestre. Perséfone era un personaje de tragedia clásica, atrapada en un dilema de padres e hijos y amantes entremezclado con razones morales y dictados divinos. Las Perseidas sólo volaban, volaban, reían y gozaban. ése era su único destino.

Perséfone no las atrapó nunca. Pero en el camino halló sus alas y la razón de sus rastros.

## *Sirenas*

A diferencia de lo que creen muchos, las sirenas no son unos seres mitológicos que sobrellevan el peso de gentes sin imaginación ni arte, sino unos seres que nos despiertan al amanecer para recordarnos que todo es caduco, o que todo es todo, o que todo es nada. En realidad, no nos recuerdan nada en concreto, sino más bien que somos lo que queremos ser, y que esa primera frase o imagen que nos asalta al cerrar los ojos al dormir o al despertarnos por la mañana constituye la definición auténtica de nuestro ser, y el punto del mapa donde iniciamos cada jornada nuestro peregrinaje hacia el sentido.

## *Piano*

“Piano, piano”, le decía a su niña sin querer agarrarle la mano o el brazo, y al mismo tiempo tentada de inmovilizarla, de sentarla y caerla y decirle: “Ya no, ya no, deja de desear levantarte y andar e irte, irte a buscar. Yo te lo digo, yo te lo digo todo: primero está el camino, y al final, una montaña, y desde arriba, un valle ancho, cruzado por un río de aguas turbulentas, y tras el río, de nuevo las rocas vestidas de nieves perpetuas, y tras el collado y los senderos y las rocas y las águilas, de nuevo un horizonte lejano, muy lejano. Para qué andar tanto. Yo te lo digo todo. Yo te cuento. No te muevas, quédate. Para qué andar tanto. Tras las rocas y las nieves y el águila que quiere arrancarte los ojos está el horizonte. Y al final, el mar, el mar, hasta donde alcanza la vista. Y aún más lejos.”

La niña levantó entonces de repente la mirada y le preguntó, con unos ojos como puñales: “¿Qué es el mar, madre?”

Y entonces la mujer se cubrió la cara y sin mirarla le susurró: “Ve, levántate y ve, anda, recorre los caminos. Porque cuando por fin llegues al mar quizá ya no esté yo para poder responderte.”

## *Pilar*

No me acuerdo cómo se llamaba el tipo ése que se pasó toda su vida subido a una columna o a un pilar, que es lo mismo. Para abreviar le llamaré El Estegeta. No sé si “geta” es columna, pero en cualquier caso seguro que fue un esteta obsesionado por alejarse de la suciedad y del polvo, del sudor de la muchedumbre, de sus gritos gallináceos y de su banalidad. A mí en cierto modo también me gustaría ser pilarista, subirme a un pilar y pasarme ahí las horas, observando el mundo y sus paisajes y gentes.

Aunque tampoco me gustaría dedicar mi vida a ello, únicamente a ratos, para distraerme hasta que un bostezo irreprimible me obligara a posar de nuevo mis pies en suelo firme y mezclarme con los sudores y alientos ajenos.

## *Pipiolo*

Pipiolo es una palabra habitualmente utilizada para designar al que no es, a ese ser cuyas palabras se le escurren como miel recalentada por la comisura de los labios, como saliva ambarina que le chorretea hasta el cuello de la camisa a rayas y le mancha el deseo, le mancha hasta el sexo porque ya se le olvidó que primero es el pensamiento y luego el pene, aunque ciertamente a él se le hubiera olvidado repentinamente sopesarlo todo; aunque él no considerara ni remotamente que la misma miel que se le escurre por la comisura de los labios no es sino semen derretido y transfigurado en palabra hueca. Por eso, al golpearla, la palabra no devuelve ningún eco, como la campana de Torricelli. Y por eso al ser que profiere la palabra también se le anegan por un instante los ojos y susurra, en un plañido débil y agudo a un tiempo, con voz de eunuco: “Dios, dios, ¿por qué me has abandonado?”

## *Pis*

En la palabra pis habría que alargar la *i* mucho más, para darle tiempo a hacerse y terminarse, porque un pis –a diferencia de un plis-plas- necesita su tiempo de ejecución, que no es sumario.

Así por ejemplo, cuando decimos “me estoy haciendo pis” estamos advirtiendo de lo que tenemos que hacer con todas las de la ley, es decir, en un lapso de tiempo posible, que suele incluir el ir, el hacer y el volver, sin entrar en detalles de cuál ha sido el nivel de éxito de la operación. Por eso digo yo que, si se compartiera ese proceso, denominando al pis “píiiiís”, dándole una naturaleza onomatopéyica más acorde con la realidad, lograríamos reconciliarnos con los tempos de la vida y andaríamos con mayor ligereza y menor esfuerzo.

## *Piso*

Piso firme o fuerte. Un piso fuerte como una caja fuerte y un piso firme como los japoneses, a prueba de terremotos y bombas. A prueba.

Sin duda eso es lo mejor de un piso: primero que sea a prueba de todo, un piso todoterreno como las pisadas de los trotamundos; y luego que sea firme y fuerte, acogedor como un útero, firme como una decisión acertada, fuerte como Atlas, que se pasó toda su vida sosteniendo los pisos de todo dios sobre sus espaldas, para que no se derrumbaran. Así que nos subiremos a hombros de Atlas y nada, a bostezar y a descansar firmemente asentados, hasta que reventemos.

## *Plancton*

*Plancton plantinis*: verde agua y también verde planta; aunque también ves y ven; vienes y vas, callas una verborrea oscura mientras la taza te temblequea en la mano y cae y se hace añicos y yo bostezo y pienso: “Qué cansancio escucharte, por dios; qué cansancio y qué ganas de decirte: mira las estrellas, allí se crea un mundo, explota el hidrógeno y en el fuego se crea un mundo y tú ni lo ves, detenido en esa verborrea minúscula de hormiga sin cerebro, repitiendo continuamente una única palabra, vacía, opaca, que no tiene sustancia ni jugo, que no inventó ni dios ni el brujo prehistórico, sino tú, tan aburrido de la vida, tan abierta tu boca y seca tu lengua, tan secas tus neuronas que no se bañan en el mar, el mar, el mar; porque el mar tiene alma y tú no; se te quedó el alma pegada como chicle debajo de tu pupitre de los quince años”.

## ***Pluma***

Algunos *homo sapiens* en lugar de derrochar verbo, derrochan pluma. Algunas veces incluso se la meten en la boca y acaban tartamudeando o atragantándose mientras proyectan discursos espúreos o flamantes sobre el devenir. Lo cierto es que a muchos las plumas les dan cierto repelús y sólo las pueden tratar recogidas en contenedores apropiados para su uso.

## *Poder*

El poder poda lo que puede. En realidad, los poderes no pueden mucho. Por eso se escriben y reescriben tantas veces hasta que, al fin, sus suscribientes y consignatarios acuerdan rasgarlos y empezar de nuevo. Y entre tanto, van tejiendo entre ellos unos vínculos extraños, afectuosos, casi fraternales, que les obligan a terminar el ritual jurídico y salir a compartir unas cañas con pulpo a la gallega.

## *Polvorón*

“Te voy a comer”, dijo Desmond. Y dicho eso acercó sus dedos fatuos, como el fuego que le había encendido, y en un gesto a la vez justo y somero, los posó muy delicadamente en las clavículas de Iris, que esperaba con los ojos cerrados y sin temblarle ni siquiera los párpados a que llegara ese momento, el momento en que Desmond iba a acercársele demasiado y le iba a decir “te voy a comer”, y ella haría como si se resistiera pero sin resistirse de veras, preparando su piel y su carne desde dentro, dejando que se le fuera abriendo con un tiempo de sol y magma, como las corolas de una flor, una palpitación en la piel y en la carne y una espera de espinas, breve y ligera, una espera de hambre y sed, mientras Iris seguía esperando a que Desmond le volviera a repetir por tercera vez “te voy a comer” y se le acercara definitivamente desde dentro para comérsela de veras.

## *Posposición*

Posponer es como posparir, es decir, que la posposición es como el posparto: una especie de momento en blanco, sin agarraderas, con el placer de lo hecho y la ausencia de lo por hacer. Yo creo que es más bien una posición ladina y escurridiza, como cuando uno sale por la puerta trasera de una casa porque le impone hacerlo por la que da a la avenida principal, como si en realidad pensara que no ser visto es no tener que ser.

Pero también es cierto que esa posición posterior tiene algo de respiro necesario, de hálito vital: como coger aire para lanzarse al mar desde un peñasco. Quizá entonces, si fuera obligatorio lanzarse desde algún peñasco elevado a la sima marina e imantante nos inmunizaríamos contra la posposición, aun a riesgo de acabar en la filibustería. Que todos los extremos son peligrosos, lo sabe todo el mundo, y ciertamente vale más un posparto a un filibustero, o la albañería al pillaje.

## *Potus*

Las vetas de las hojas del potus se entreveran. Verde claro, verde oscuro. Creo yo que se enlazan como las piernas de los amantes, o los brazos de los amigos íntimos, o los dedos de los adolescentes enamorados. Digo yo.

El potus parece una planta maquillada. Para quién, no sé. Para ti, para mí. Para que veamos en su belleza la nuestra propia: para ofrecernos un regalo permanente, de buenos días y buenas noches. Para nada. Porque sí.

## *Prieto*

Al niño siempre le faltó la “a”. La eliminaba sistemáticamente al hablar, la olvidaba como se olvidan unas llaves en un banco o un sombrero en un autobús. El niño escapaba de la “a”, la omitía, la burlaba, y burlándola, se reía como un niño. Por eso, en lugar de ala decía la; en lugar de alubia decía lubia; en lugar de acostar costar, y en lugar de anido, nido y de apuro, puro. Por eso siempre perdía los pantalones, porque a su madre en lugar de decirle abrocha le decía brocha, y en lugar de aprieta, prieta. Aunque su madre, no está de más decirlo, siempre fue más bien oronda.

## *Pupila*

Dícese de la manceba que calla y come y cierra el pico para oír en boca de un ilustre e ilustrado e insigne e insignificante tipo algunas lecciones de moral y buenas costumbres que, luego, por la noche, escapándose dicha manceba por la ventana, procede a transgredir e infringir entre risa y risotada mientras por la regatera se le escurre un hilo de vino tinto y sus carcajadas retumban en la taberna ante los ojos aspaventados de los concurrentes, que no son pocos, y, además, peludos y groseros.

Pero la manceba antes citada nada de eso teme ni nada de eso le espanta, mas al contrario, dichosa se siente de poder elegir y reír y jacarandear mientras el Maestro Pipas ronca susurrando entre sueños, “pupila, pupila.”

## *Rabia*

Yo no sé quién se empeñó desde el principio en cargarles la culpa de la rabia a los ratones. Ellos, por lo menos, recorrían los campos recogiendo el grano caído de las espigas, construyendo nidos o mirando la luna con sus ojos de alfiler o de azogue. No, la rabia nunca fue culpa de los ratones, sino más bien de ese índice acusador y soberbio que un día se erigió en juez y no en parte y declamó: “¡Muerte a los ratones!”. Porque fue desde ese momento de la historia que los ratones dejaron de hablar a los hombres y que los hombres olvidaron el lenguaje de los nidos y las espigas, el lenguaje de la escarcha y la roedura, a pesar de que se sabían siempre y en todo momento habitados en sus estómagos de ballena por ratones que les roían las entrañas y de los que no podían librarse.

Pero esto fue sólo durante un tiempo porque luego, otro índice menos erguido, apenas insinuado, pidió la palabra y musitó en un susurro de trival asustado: “¿El rabioso no es dadivoso?”. Y entonces las paredes retumbaron “Oso, oso, oso”, y los hombres repitieron “Oso, oso, oso”. Y del oso al pato, y del pato al becerro, y del becerro al perro, y del perro al cerdo, y del cerdo al hombre. Hasta que por fin recuperó el hombre su rabia.

## *Ranura*

Fue durante mucho tiempo la más, la rana más, la rana más coqueta de la aldea, tocada con largas trenzas verdes entrelazadas con cintas púrpura y añil de raso y organdí. También se pintaba los párpados abiertos, y algunas veces se punteaba el iris con un lápiz de mina blanda de color toronja crepúsculo. También se vestía con túnicas de calado tejidas al bolillo y se llenaba los dedos de sus patas palmeadas con sortijas multicolores de propiedades medicinales: alfanhuí para el reuma, carostro para el cutis, ecléptides para los dolores de cabeza. Y así se paseaba desde el alba hasta el ocaso por los nenúfares, y se bañaba en las aguas y croaba en los anocheceres de luna nueva con salmodias y cantos de ranuras perfectas y matices estentóreos.

## ***Reactividad***

Sustantivo femenino derivado de *re-activare*, del latín *re* (volver) y *activitas* (movimiento). Desde sus orígenes en la filosofía del maestro samurái Nagushi-So, la reactividad se concibe como el proceso de nacimiento del movimiento, es decir, de un trayecto en el eje espacio-tiempo que mira simultáneamente hacia delante y hacia atrás, y que saltando a brincos suaves y en gravedad cero (gravedad intrauterina), va recogiendo en el seno del sujeto el fruto y brote de la vida, integrándolos en un círculo recursivo.

En la práctica del *shi-so*, la reactividad hace referencia al movimiento del sujeto que hace nacer y renacer el conocimiento desde la epidermis hasta la víscera, Es decir, convirtiéndolo continuamente en agua y roca, agua y roca, agua y roca y así sucesivamente hasta devenir fango, fango insuflado por dios.

## *Reblandecer*

Al cabo de los años, y de un modo claramente ostensible, se reblandecen por igual los sesos que los sexos, y uno accede por fin a un estado de turpitud bioactiva que le permite salvar por igual arrebatos y arrobamientos sin el menor asomo de iracundia o desesperación. Cuando esto acontece, los sesos y los sexos adoptan por su parte una personalidad típicamente benevolente y calmada, una personalidad ciertamente impropia para el ser espoleado por la concupiscencia y la ambición que había sido hasta entonces.

Así pues, reblandecer nos reblandecemos todos con los años. Lo que aún está por ver es si es para llegar con mayor paz al tránsito final o para soportarlo como verdaderos corderos de dios.

### ***Reflejo, acepción 1 (ver espejo)***

- Reflejo, reflejito mágico, dime ¿quién es la más bella del reino?

- El reino se desmoronó -le respondió Reflejo-, abdicó el monarca, se resquebrajaron las tierras, los lugareños recogieron sus enseres, encendieron fogatas. Algunos se fueron, otros se abrazaron al calor de la lumbre. Con estas grietas, con estos grumos, ¿para qué iba a importarles tu belleza? Sólo puedo responderte: “eres”, y eso debe bastarte. Si no te basta, deberás dar tres vueltas y cruzar el umbral hacia el pasado, recoger tu belleza hecha añicos, acariciarla levemente y luego devolverla al nudo o al viento.

Y dicho esto, Reflejo se oscureció y se apagó ya para siempre.

## ***Reflejo, acepción 2)***

Reflejamos continuamente. Esto es, reflejo-osamos o reflex-ionamos, que viene a ser lo mismo. Nos atrevemos entonces a cruzar los espejos y los reflejos, a batirnos en duelo con sapos y nomos, con bichas y corderos al grito de “*Ego refle*”, que quiere decir: “yo cruzo a la muerte” –la muerte siempre aparece en las frases como sujeto elíptico. Pero, aunque no se enuncia como objeto ni como sujeto de nada, lo mentamos siempre en ese “*Ego refle*” que emitimos como un clamor agrietado, quebradizo; cuando hendimos el plomo y el oro, cuando hendimos el mercurio y el estiércol de los espejos para enfrentarnos a las criaturas del país del invento.

Algunas veces, lo confieso, ese “*Ego refle*” se equivoca, y en lugar de alzar y besar al nomo o a la criatura inocente, los traspasa con una espada de doble filo. Y entonces la palabra, sabiéndose traicionada, se desgarrá. Y entonces la muerte se aparece en carne viva ante nuestro y nos advierte: “Osa el reflejo, pero no lo inmoles, porque en el reflejo también están el alma y el ser oculto, que son tus aliados.” Y entonces el Ego-refle llora y se acurruca y deviene meditabundo y cesa por fin el reflex-ionamiento y el Ego-refle medita y respira y suspira y deja caer por fin la espada.

## *Reloj*

Reloj es una de las palabras más utilizadas en los rituales de iniciación de las civilizaciones autónomas; así, en las noches de tránsito al amanecer futuro, el sacerdote o el mago, ataviados como si fuera a escapárseles la vida entre los pliegues de sus túnicas, musitan tres únicas veces, tres veces seguidas con timbres y entonaciones y cantos distintos: “Reloj, reloj, reloj.”. Y entonces muchas almas se acontecen, muchos signos, muchos gestos surgen de la nada, cayendo como polvo de estrellas, y una letanía de deseo se lleva las tormentas y los ocasos, y muchas letanías repiquetean encima de yunques de parto y de muerte. “Reloj, reloj, reloj”, musitan entonces todos los seres, y el eco les devuelve al instante del génesis y al fin, al fin, al fin se hace el silencio.

### ***Rímel (ver inocente)***

Rímel es una de las palabras preferidas por los poetas alemanes, algo así como el santo y seña que les permite acceder al parnaso, al paraíso, a la fama eterna. Así por ejemplo, cuando un poeta alemán busca una serie rimática con la palabra *kartofel* y no la encuentra, musita ritualmente, con las manos en actitud de plegaria hindú: “Rímel, rímel”, y después de cerrar los ojos se le enciende la musa respectiva y le susurra al oído una lista preciosa de palabras rimadas.

Pero el caso cúspide es cuando, en una ceremonia de concesión de premios literarios, el círculo de poetas consagrados, firmemente asentados en sus butacones de terciopelo burdeos, con las colas de las levitas colgándoles del asiento, al oír proclamar el nombre del galardonado, se levantan al unísono, y sin dejar de golpear el suelo al ritmo de la oca, escancian: “Rim-mel, rim-mel” hasta un total de cuarenta y seis coma seis veces seguidas.

## *Sábana*

Las sábanas que conozco no son como sudarios. Lo puntualizo porque a menudo las gentes ven detrás de las sábanas a un ser embalsamado o mejor, envuelto en un sudario como Lázaro, esperando a que alguien pronuncie su nombre con énfasis para poder levantarse por fin y echar a andar.

No, a las sábanas que yo conozco les gustaría andar solas, sin Lázaro ni nombre, dejarse mecer por la brisa, sumergirse en el agua limpia de la lluvia, trepar por los riscos y despeñarse volando.

A mí me gustaría por unos días ser una de estas sábanas. Pero de momento me conformo con volar con ellas en sueños.

## *Salero*

Salero asaltado, la sal desparramada encima de una mesa de roble agrietado. El duque pasa el índice por encima y traza el camino; con la sal traza un camino lento, sin levantar la mirada. La mesa es larga, larga y noble y triste. Hay tanto silencio que se oye el crujido de la sal bajo su índice, labrándose un camino entre las grietas, cruzando la mesa. De repente, el brazo ya no le llega. Entonces el duque se levanta, ensimismado, y continúa su itinerario de sal cristalizada, la empuja para que llegue, para que alcance la vereda opuesta de la mesa. Ya casi lo ha logrado, casi ha alcanzado con el índice salado el borde opuesto de la mesa de roble agrietada, noble y triste. Y entonces una mano de mujer le detiene. Le agarra con fuerza el índice y le musita al oído: “Mírame, por dios. Deja ya de masturbarte y mírame.”

## *Sacudida*

Al autómeta le sacudió la abuela entrada en años con el rostro marchito diciéndole en la consulta, airada: “Pero qué médico es usted, pero qué, si mi enfermedad es mortal de necesidad, al igual que la suya, cuelgue los hábitos y coja una guitarra o unos bongos, déjese crecer el pelo y cámbiese el nombre y deje lucir las arrugas bajo los ojos y no piense, por dios, no piense y vaya arrastrando sus pies por el polvo sin pensar ni decir una sola palabra de más de dos sílabas.”

## *Sedimento*

- Di miento.
- Miento.
- Sé, dilo.
- Sé.
- Di sé y miento. O sed y mento.
- Qué es mento.
- No sé, mento de mentar, como cuando se dice “no hay que mentar al diablo ni a dios.”
- De acuerdo, mento. Mento al diablo y a dios. Y lo sé.
- Luego mientes.
- Luego miento al diablo y a dios. Y también a ti.

## *Servilleta*

En cierta ocasión en que me dolía el estómago, que andaba revuelto como las aguas del mar rojo, me contaron que basta con introducir la punta de una servilleta en un vaso de líquido gaseoso para que ésta, súbitamente investida con el poder del caballero andante, se embeba del gas, y sólo del gas, remojándose levemente el vuelo de su falda de celulosa. Así, luego, al extraerla del líquido, uno puede intuir que ahora ya no es el bebedizo, sino justamente la servilleta, lo que burbujea y chispea. Llegados a este punto podríamos bebérnosla, pero no lo hacemos. Porque la servilleta es una metáfora, y las metáforas están hechas para volar en libertad.

## *Silbido*

A los diez años le cambiaron el nombre porque le empezó a asomar entre la falda de la nariz y el labio superior un vellosín de bigotillo negro que amenazaba en extenderse por las mejillas y el mentón a la primera de cambio. La verdad es que, aunque se les ocurrió a los diez años, no lo hicieron hasta que cumplió los catorce, a la vista de que no le habían surgido los atributos pectorales necesarios para mantener la bandera de su género, y, por el contrario, le abultaban sospechosamente los pantalones por la parte anterior inguinal, como si guardara ahí todos los kleenex y las llaves que no le cabían en el bolso pero que, efectivamente, trasegaba en él.

Así pues, al cumplir los catorce años el asunto se decidió por unanimidad familiar e incluso la abuela le dio el visto bueno. Dejaría de llamarse Sílvia para adoptar el nombre más apropiado y realista de Silbido.

## *Si no*

“¿Si no qué?”, le dijo, “¿Si no qué? ¿se desmorona el mundo? ¿Tenemos que llamar otra vez a dios para dedique por lo menos una semana a recomponerlo? Dibujar flores, trazar aves, rellenar océanos, erigir montes y montañas, cavar valles, manar ríos, construir cabañas, empujar a las parturientas para que llenen las frondas y los campos, esperar a que maduren las mieses, templar hoces y martillos. ¿Y luego qué? ¿Inventar de nuevo las palabras, invocar a los dioses, elevar piras funerarias para enterrar a los muertos y besar a los vivos? ¿Aprender de nuevo el gesto, el abrazo, la caricia, la sonrisa, el llanto de un neonato, de un viejo, de una mujer y de un hombre clamándole de nuevo a dios que reinvente los cielos? ¿Si no qué? ¿Volver a decirle a Lázaro, levántate y anda, para que él ande y tú creas? Deja este si no para después de la muerte. Deja el qué y el todo para después de la muerte. Y no preguntes tanto.”

## *Síntoma*

El primer síntoma de que algo no acaba de cuadrar es el balido primero del recién nacido. Es sin duda el síntoma evidente de que va a seguir llorando durante varios años o de que va a seguir aumentando de altura y anchura y risa y verborrea hasta que de repente todo se colapse y caiga al suelo como muñeco de trapo y alguien pronuncie la consabida frase: “No respira. Mal síntoma.” Y luego le entierren y alguien –otro distinto al anterior- diga. “Aún recuerdo cuando nació, parece que fue ayer.” Y finalmente un tercero acabe sentenciando: “Nada, que del primer llanto al último sólo hay un síntoma, es decir, un suspiro.”

## *Sobre*

Dentro del sobre había un ratón, en todo su volumen y movimiento, que dio la lata a todos: al emisor, que pasó fatigas y penurias para conseguir pegar con la lengua el adhesivo del sobre sin lamer al ratón o a su cola; y al cartero, que no se atrevió a abrirlo porque era un envío certificado y tuvo miedo de que le cayera una sanción, estando la política del país en un momento especialmente jurófilo, a pesar de que sí estuvo a punto de llamar a la policía para que le hicieran una revisión en toda regla, aunque luego también pensó que no existían órdenes de registro domiciliario para sobres, ni jueces dispuestos a emitirlos;

En fin, las peripecias del ratón fueron muchas, y muy pocos los que supieron disfrutarlas y apreciarlas en lo todo lo que valían, por no decir casi nadie, salvo la niña inquieta, de ojos roedores, que recibió de su tía un ratón transoceánico por vía postal el mismo día en que cumplía cinco años.

## *Soja*

Soja fue, desde siempre, el nombre que mi madre daba a las niñas bonitas con canesú y merceditas de charol, con diadema de flores a conjunto con los calcetines y pestañas largas de niña que no escruta ni indaga y apenas si mira, con unos ojos como los de esas muñecas basculantes que sólo se abren en posición vertical y se cierran indefectiblemente cuando se hallan tumbadas.

Cuando mi madre veía a una de esas niñas, se volvía hacia mí y con un mohín de reproche me decía: “¿Te has fijado en esa soja?”, o bien “¿Has visto, qué maravilla de soja?”. Y así hasta que cumplí los veintiuno y ella cambió el calificativo de soja por violeta.

## *Sombra*

La sombra es oscura. Qué perogrullada. Aunque Perogrullo no escribió nunca sobre la sombra, sino que la paseó por todas partes, pegada a su espalda, fijada con dos corchetes diminutos cosidos en el intersticio entre su omóplato y el pulmón profundo. Por eso, aunque Perogrullo no habló nunca de la sombra y sólo la acarreaba como a una oscura compañera de viaje, también a él le causaba dificultades respiratorias de índole variada. Como a todos, como a ti y a mí, como al padre de Perogrullo y a sus hijos y a los hijos de sus hijos, que somos todos.

### *Sopor, acepción 1)*

El sopor sopero es un estilo de sopor especialmente indicado para dolencias leves como la nostalgia parcial o la melancolía neblinosa. En pocas palabras, el sopor sopero consiste en otorgarse un tiempo prudencial –digamos, una tarde entera- y arrebujarse con una manta, cerrando los ojos y susurrando de manera seguida la palabra sopor hasta quedarse profundamente dormido.

Y aquí se acaba el texto, porque en presencia de los sueños, las palabras resultan pobres.

### *Sopor, acepción 2)*

Eeera taanto el sopoor (pausa) que ni siquiera las letras acertaban a despegarse de la tinta aglutinante que las había mantenido en hibernación; porque para las letras, el cartucho de tinta era su único útero conocido, y la sola idea de aventurarse en el mundo, de proferir el primer balido y quedarse convertidas por azar en paria o monarca, de acabar sus días dentro de la palabra mierda o encalladas en la palabra callo, simplemente les aterraba.

Pero claro, luego siempre acababa amaneciendo, y las letras siempre acababan siendo expulsadas al mundo y el tiempo lo ponía todo en su sitio.

## *Suspendido*

Suspendido de una cuerda, ahorcado y aborchornado, el condenado a muerte tuvo unos primeros pensamientos. Nada que ver con el arrepentimiento o la recapitulación de las causas que le habían llevado al patíbulo. Eso quedaba archivado y remitido a su vida pasada que, como agua pasada, ya no movía patíbulo.

El condenado tuvo unos primeros pensamientos lúcidos y luminosos, clarividentes, anclados en su presente y en su futuro y en las posibilidades floridas y tupidas, frondosas y fértiles de su porvenir.

El porvenir siempre es fértil, se dijo, sacándose con una sonrisa en los labios la soga de la cabeza. El porvenir siempre es fértil.

Luego se apeó del patíbulo, se calzó sus zapatos ajados y reemprendió su camino.

## *Tachadura*

En qué tachaduras se metió el payaso, en qué tachaduras que no logró luego borrar ni adecentar con su nariz larguirucha, desproporcionadamente larguirucha. El caso es que por culpa de su nariz perdió en cierta ocasión un empleo ideal. "Tu nariz no nos sirve", le dijeron." En el anuncio ponía claramente que queríamos a un payaso, no a un pinocho. Usted se puede imaginar que los niños distinguen perfectamente a uno del otro. Y no podemos permitirnos el lujo de confundirles y arriesgarnos a que un padre nos demande por perversión de las identidades infantiles canónicas."

En realidad, ésa es otra historia totalmente distinta. Aunque es cierto que forma parte de una más de las tantas tachaduras en las que se metió el payaso en esa época de su vida. De hecho, la más notoria es la iba a contarles a continuación. Espero tener tiempo antes de que se me termine la moneda y me corten el teléfono. Qué lata. Se oye un bip. No me va a dar tiempo. No, no me va a dar tiempo. Bip. Lo siento. Hasta otra.

## *Tango*

Para bailar un tango nunca debe sostenerse el mango, esto es, la mano, como si a uno le incomodara el contacto húmedo con la piel de un ser-otro habitado por bacterias o ácaros distintos a los que hospedamos humildemente en nuestro cuerpo, por esa relación de transitividad cortés que nos lleva a ofrecer hospedaje en pago del que recibimos; es decir, a alojar amablemente a las bacterias y ácaros en las minúsculas moradas porosas de nuestra piel porque somos perfectamente conscientes, tenemos la perfecta consciencia de que, a su vez, nuestro cuerpo prestado por dios nos ofrece un albergue gratuito y en principio *sine die*, al tiempo que acoge con compasión y caridad nuestra mente cansada de vagabundear por el cosmos.

## *Tatoo*

“Tatú, tatú” gritaba, con la frente perlada de sudor. Y entonces abría los ojos y se recorría la piel con la yema de los dedos y recobraba la consciencia y reconocía la habitación desvencijada de la casa familiar y recuperaba lentamente el ritmo de su respiración y el latido de sus venas y al final, con un suspiro surgido de no se sabe bien dónde, se inclinaba un poco, lo justo para alargar la pierna y posar su pie derecho en la baldosa fría y sentir que el suelo no había desaparecido ni se lo había tragado el infierno.

## *Taza*

En la taza había un pellizco de gato, un gato mugriento pero sonriente, con la sonrisa móvil y evanescente del gato de Cheshire, que, dicho sea de paso, nunca tuvo la cola atigrada.

En la taza había un gato mugriento en un jardín con peces de colores, un magnolio en flor y unos dos o tres gorriones picoteando semillas de nuez.

Pero todo eso era en una taza imaginaria encima de la cual se había adormilado mi nariz. En la taza real sólo había unas cuantas hojas de té rancio que, según la pitonisa, auguraban una muy buena cosecha de sangre fresca.

## *Terrón*

“Un terrón de turrón”, nos decía la abuela. Y luego nos hacía extender las palmas de las manos, cinco palmas, cinco, extendidas ante suyo. Y ella ponía la barra de turrón de guirlache encima de la mesa de pino agrietada y aceitosa, la colocaba simétricamente en medio de la mesa como si la estuviera condenando, y luego sacaba la maza del cajón que tenía justo debajo y, con un gesto impetuoso que le hacía zozobrar los senos de cántaro de arcilla, dejaba caer la maza encima del turrón y se oía un sonido de azúcar caramelizado y de almendra tostada y aceite y papel parafinado, y aunque exhibíamos las palmas como mendigos, en ese instante ya estábamos paladeando nuestro terrón de turrón como ratones de campo, como ratones roedores de tierra dulce.

## *Tesina*

Gertrud no oyó la palabra tesina hasta que le salieron los pechos y le vino el período, es decir, hasta el día en que cumplió los quince años. Porque, aunque pudiera parecer inverosímil, todo sucedió ese mismo día y a un tiempo, escanciado en tres como la misma palabra: te, pecho derecho; si, pecho izquierdo; na, grumo de mancha rojiza en los pantalones.

Y así fue como, desde que devino mujer en el sentido social del término hasta que devino mujer en el sentido íntimo del término, Gertrud fue arrastrando la palabra tesina por su vida como si fuera sinónimo de carnalidad, de fluido o de excrecencia. Hasta que por fin consiguió acariciar su propio cuerpo sin pausa y susurrar, como si se llamara a sí misma: “te-si-na.”

## *Teta*

“Tócame la tecla”, le dijo la pupila a su profesor de piano. Y él abrió desmesuradamente el ojo derecho, inspiró durante un instante larguísimo, y luego acercó su índice izquierdo al seno de su mejor alumna, la que toda la vida había suspirado por tocar a Chopin, y no precisamente encima del marfil y del ébano, no precisamente en bemol o sostenido, no en allegro o pianísimo, sino únicamente en carne y hueso. Así que cuando la alumna sintió el índice de su profesor de piano encima de su seno izquierdo le invadió una náusea desde lo más profundo de su intestino y manchó de espagueti la mano torpe de su profesor, repentinamente confundido por la dualidad inevitable de la palabra.

## *Tinta*

Corrió la tinta, mares, lavas de tinta incandescente que decía y no decía, como los cuerpos incandescentes que dicen y callan, que se pierden en los meandros de las marismas, entre los tallos de los juncos adultos, reverdecidos por las tormentas furiosas de la estación de las lluvias.

Y las lluvias empapaban los cuerpos con velas y las barcas de los pescadores y sus aparejos y utensilios, y a río revuelto ganancia de pescadores, y los pescadores sonreían para sí y se decían “tinta de calamar, para quien llueve gana el mar”, porque sabían que el mar es un espacio inaudito en el que todo desemboca al fin, donde se funden el ser y la ameba, donde va a morir el yo para ser vos, o ausencia de nombre o no-nombre.

Y es porque es lo mismo el no-nombre que el no-tiempo el pescador sonrío mostrando sus dientes desparejados pero únicos, huella única de su ser que brilla, huella única e irreproducible porque es él quien en ese momento sonrío, y no otro, porque él es quien sabe que las raíces de sus dientes están unidas a su ombligo, ahí donde quedan los restos de ese alambre que le dio vida y que luego irá a fundirse con la ameba marina no sin haber antes y por tres veces sonreído a Dios y dicho, ahora sí, después de la lluvia torrencial de los primeros días de la estación de las lluvias: “A río revuelto ganancia de pescadores”.

## *Tirante*

Desde luego, tirante lo era; su actitud, esa actitud de tirantez máxima que le erguía tanto la columna vertebral que incluso el cuello se le alargaba como el de un avestruz, dándole el aspecto a la vez pasmado y grotesco de un ave dotada de patas propulsantes y alas inútiles y muñonescas incapaces de alzar el vuelo.

Algunos atribuían esa tirantez vertical de su cuerpo a su deseo maniaco por aprender a volar y desaparecer con la cabeza en las nubes. Pero el resto, la mayoría, veían en él a uno de esos ángeles caídos y endemoniados que, a falta de alas, se fosilizan en la vertical vertebral para tener unos pies más pesados y mayor gravedad y así poder pisar a fondo y a consciencia los callos de los pobres humanos que se cruzan en su camino.

## *Trago*

Un trago de ron, un trago de ron. Y así hacía durante aproximadamente todas las horas que median entre la sobremesa de la cena y los primeros rayos del alba, porque lo cierto es que lo que él no quería era llenar del espacio de otra cosa o, mejor dicho, expulsar de su boca otra cosa que pudiera hacer sonreír o llorar o abrazar a alguien, unas palabritas honestas y semipreciosas como gemas cortadas que pudieran hacer brotar una caricia o un reconocimiento de superficie de planeta hollado en sueños tan reales como los pies que pisan y no pisan, tan reales como los sueños que se nos llevan a las lagunas y a los páramos donde alguien a quien nunca conocimos cuenta historias distintas a la luz de la lumbre, arropado por una brisa ligeramente húmeda parecida al beso de dios, que siempre está, dicen, para besar a los que regalan sin escupir.

## *Traspapelar*

Empapelar detrás de las paredes para que luego, ese día de desazón o de cansancio en el que los signos se ausentan, en el que ya no queda el recurso de leer tras la cola desplegada de una cotorra o el poso sucio de una sopa a medio tomar, en ese día de hastío y agotamiento, de repente uno se detiene. Se detiene en medio de la sala aparentemente pulcra en que ha convertido su santuario de vida y mira la pared empapelada. Mira la pared empapelada y ve un ángulo despegado como por azar, y empieza a tirar del papel con indolencia, con pudor incluso, sin querer saber qué aparecerá luego. Y tira del papel durante un minuto largo sin mirar, hasta que por fin se enrolla a sus pies la pared desnuda, y debajo aparece la sentencia, esa línea de palabras que estaba esperando, el vaticinio de un futuro posible, de una senda posible, de un despertar posible. Entonces por fin abre los ojos y lee: “Siga buscando”.

## *Triángulo*

Hay algunos triángulos blandos que no tienen espina que los sostenga, ningún seno ni coseno, ninguna hipotenusa sólida o terca que decida posarlos en el suelo por una de sus caras isósceles. De esos triángulos, que conozco bien, me exaspera especialmente el movimiento disimulado y débil con el que van dejándose arquear hasta que la gravedad les hace caer los vértices en tierra de nadie y sus tres caras, como relojes blandos, se transforman en arcos convexos, en semicírculos ociosos que, bostezando, se apilan uno encima de otro y se echan a roncar.

## *Túnica*

Una vez me regalaron una djilaba traída directamente de Egipto. Cuando la desdoblé, aún olía a cardamomo y coriandro, a azafrán perfumado con clavo. Y aún seguía oliendo cuando me la puse para bañarme en el único océano que no había sido sumergido por blancos sedientos de melanomas de revista de modas. Aún no había sido bautizada por la sal yodada y el deseo de mi piel desportillada a golpe de años.

De modo que al fin la sumergí, conmigo dentro; o, mejor dicho, la sumergí yo primero, hinchándola como pez globo, y luego me interné en su útero de lino cálido, con los ojos cerrados, aguantando la respiración, esperando a que se convirtiera en un submarino singular y me llevara donde Neptuno, el único dios al que me daría sin reparo alguno, con los ojos abiertos y cubiertos por un velo de agua de yodo. El único al que le legaría mi túnica-nave y mi cuerpo de náufraga. Neptuno, que en latín quiere decir “Y no uno; y ni siquiera uno”.

## *Ubicuo*

Ubi Quo Quenobi, padre putativo de un personaje mítico de la segunda era espacial, fue concebido para ser a su vez adorado e inmolado por una muchedumbre enfurecida al ver que ni en su nombre ni en su apellido, a pesar de ser el representante máximo del creador, aparecía la palabra DIOS.

Su reinado duró un tiempo exacto de 13 horas 23 minutos y 15 segundos tras los cuales se extinguió para siempre, devolviendo por fin a dios lo que era de dios y al presente lo que era del presente.

## *Vago*

Hay pies cavos y pies vagos, o lo que es lo mismo, pies que cavan y pies que se tumban a ver pasar las nubes. En mi modesta opinión, nunca se sabrá si el éxito del ser está vinculado a tener los pies cavos o vagos, porque lo mismo que uno puede morir sin haber hecho otra cosa que ver pasar las nubes, también puede uno desplomarse en la fosa del averno que se pasó toda la vida cavando sin saber que el sol estaba fuera. Lo que sí es cierto es que ambas modalidades pédicas tienen la facultad de andar, que no es poco. Porque lo realmente terrible no es tener los pies cavos o vagos, sino no tener pies ningunos sobre los que posarse.

## *Vaivén*

El vaivén era como pi, una retahíla de números, alguno entero, pero la mayoría fraccionarios, entrecomillados, desplegándose en una cola desordenada, como las colas de racionamiento de los tiempos de penuria. Quebrados periódicos, periódicos e interminables, continuos, insegmentables, infinitos. O no infinitos, pero inseguibles. Porque el vaivén era inseguible. Sólo sabíamos de él que, al igual que pi o que el número de la vida, contenía en sí todas las combinaciones posibles de números naturales, se perdía en una retahíla imparable hasta el horizonte, como el cardiograma del alumbramiento a la vejez y más. Ve y ven. Ve y ven.

## *Valla*

Cierto día de verano, la caballa saltó una valla. La verdad es que le resultó difícil, porque desde el principio de los tiempos las caballas nunca habían tenido pies ni piernas ni bíceps ni tríceps para impulsarse y saltar; y porque si acaso les habían enseñado a hacerlo en su juventud, siempre había sido en un medio líquido, en el agua dulce de un río de aguas mansas y con la posibilidad de abrir los ojos bajo el agua para esquivar las rocas. Sin embargo, y a pesar de todos esos obstáculos insalvables, la caballa logró ese día de verano saltar la valla. Y cuando lo hubo conseguido echó a andar sacando pecho y cimbreando las caderas al tiempo que daba unos pasos de foxtrot con sus aletas caudales.

## *Vaso*

El vaso de leche lloraba porque se le había derramado la gota que lo colmaba. “No llores”, le dijo el mantel entonces “Nunca hay que llorar por la leche derramada”. Y entonces el vaso de leche aún lloró más, y sollozó, y se hinchó de llorar, y derramó la crema, y la nata, y se quedó tan satisfecho, lleno hasta la mitad justa, mitad leche mitad cristal, y a través del cristal vio la vida con otros ojos, y lanzó un pequeño eructo de satisfacción que fue a darle al mantel en las narices.

## *Vecino*

Nacho tenía un vecino de su edad, pero aún no lo había visto nunca. Sabía que era niño y que tenía su edad porque su madre colgaba su ropa y sus zapatillas en el tendedero del patio, y Nacho siempre la observaba a través de las rendijas del cercado para intentar descubrir cómo era su invisible vecino. Con el tiempo descubrió que le gustaba el básquet, porque su madre siempre le tendía las zapatillas y la camiseta con el número trece los jueves y lo recogía los viernes. También adivinó que su vecino debía de ser un niño bastante forzado y de gustos definidos, porque cada semana su madre colgaba la misma camiseta raída con el emblema de un equipo de fútbol brasileño que había ganado el mundial en el 96. Y Nacho también intuyó que el vecino debía de ser bastante estudioso, porque su madre siempre colgaba camisas blancas con rastros de tinta de bolígrafo en los puños. Aunque bien pudiera ser que no fuera estudioso, sino únicamente distraído, y que al estudiar fuera pintándose sin querer los puños de las camisas y hasta las mangas enteras.

Lo raro es que por más que miraba, ya fuera por la mañana antes de ir al colegio o por la tarde justo al regresar, Nacho nunca veía a su vecino, ni en el patio de delante, ni en el de detrás, ni jugando ni sin jugar ni nada. Hasta que un día, justo al regresar del colegio por la tarde, Nacho vio una ambulancia detenida delante de la casa del vecino de la que salían su madre, que Nacho conocía tan bien, y un chico flacucho y prácticamente calvo, vestido con la misma camiseta raída de siempre y las zapatillas de básquet. Y cuando Nacho, de pie en medio de la acera sin poder quitar la vista de su vecino, estaba a punto de entrar en casa, vio de reojo a su vecino como le cuchicheaba algo a su madre. Y luego la madre del vecino se acercó a Nacho y le invitó a merendar.

*Ventana, acepción 1)*

Se abrió de par en par la ventana con una ráfaga de aire, de aire cálido del sur, con olor a jazmín y escarcha, de yodo de los mares lejanos.

Me levanté sobresaltada, roto ese sueño leve que me había embozado, distraída de las imágenes de coles y caleidoscopios que me llenaban los ojos.

En realidad, nunca me gustó el viento, aunque aprendí a convivir con él y terminé aceptando que me enmadejara el pelo y me erizara la nuca. En realidad, nunca quise acogerlo en mi casa, dejar que meciera las cortinas o los tallos de las plantas, que desordenara los papeles esparcidos encima de todas mis superficies habitadas.

## *Ventana, acepción 2)*

Detrás de una ventana, de cualquier ventana, siempre hay una contraventana. Y aunque ventana lo puede ser cualquiera, las contraventanas suelen presentar una personalidad distinta o distinguida, contradictoria o unánime. Por eso, a menudo no son miradas ni descritas. Porque, así como las ventanas constituyen el común denominador del mundo real y tangible, las contraventanas siempre abren hacia mundos que están más allá, en el vacío estelar de la materia.

## *Viruta*

Viruta, prima lejana y bastarda de un virus sin cuernos, un virus a la vez cornudo y sin cuernos, aunque la paradoja no pueda sustentarse ni tres minutos y haya que deshacer el camino para encontrar, en una choza destartalada e inútil, a la madre de Viruta, como a la madre de Edipo, escondida en los bosques esperando a parir ese virus epidémico como la caja de Pandora, que habría de extenderse y polinizar las almas de los humanos, perdidos en sus piedras y en sus cuentos, en sus pies y en sus manos manchadas de metal y estiércol a partes iguales. Y Viruta esperó y esperó y al fin, un alba de luna llena, dio a luz a ese virus divino y los hombres abrieron los ojos y vieron algo distante como un pájaro o un planeta que era únicamente la carne oculta de dios.

## *Volcán*

Volcán. Volcan o vuelcan, da lo mismo. Volcan o vuelcan los datos en soportes cibernéticos que luego los escupen, los erupcionan en forma de magma cianúrico y anhídrico, letal, asfixiante.

Vuelcan el volcán, le dan la vuelta, lo convierten en un ano, en un contenedor, en un recipiente. Y las deposiciones se van humedeciendo como el humus y producen frutos y flores, paren macizos de crisantemos fucsia y azul añil en los que los ojos se quedan petrificados de miedo.

“Crisantemos no, por favor”, dice una voz al fin. “Crisantemos no. Esa flor de luto y muerte no, por favor. Póngame un ramo de fresias blancas”.

## *Voz*

Durante tiempo, las voces atronadoras me dieron alergia. Es decir, que ante el trueno desatado por una garganta impúdica me daba por estornudar sin pausa, y me lagrimeaban los ojos y no podía evitar empezar a sonarme ruidosamente y no pasar desapercibida en esos ataques de alergia impenitente. Hoy en cambio, los vozarrones atronadores más bien me provocan hilaridad, e incluso algún que otro ataque de escozor en las partes pudientes o pudibundas, no sé bien. La cuestión es que ni me empudecen ni me pudibundan los truenos, y por eso ni siquiera me molesto en concederles un atisbo de escucha o diez gramos de palabras.

## *Vudú*

Cuando Vudú se quedó viudo se planteó qué hacer con su vida. Si no comía, se le caerían los dientes, se dijo; si no bebía, se quedaría sin tripa; si no andaba, se le iban a encoger los pies. Y si no amaba... bueno, si no amaba se iba a quedar reseco como una pasa, colgado del porche de su casa con los ojos demasiado arrugados para poder contemplar el crepúsculo. De modo que Vudú resolvió agenciarse lo más pronto posible una Eva Evática, un ejemplar de éstos que cada vez escaseaban más desde que los humanos habían sido expulsados del paraíso.

Para no dar demasiadas vueltas, porque Vudú era muy perezoso, resolvió modelarse él mismo una Eva de barro y esperar a que Dios le insuflara vida. Pero como no era Adán, pasaban los días y su Eva de terracota permanecía ahí, inerte, inexpresiva, sin labios ni palabras fogosas con qué alimentarle. De modo que, al fin, una mañana después de la lluvia, Vudú cogió un caracol, le quitó la cáscara y lo insertó en el hueco del corazón de la Eva de terracota. Y entonces Eva cobró vida y empezó de sopetón a soltar sapos y culebras, y Vudú clamó al cielo y cayó desfallecido, fulminado por el rayo del dios de los caracoles, que le convirtió en una babosa peluda.

## *Zapato*

Gertrude se tropezó en la calle con un zapato, uno solo, desparejado, abandonado, ajado por la lluvia y por el sol inclemente del ecuador. Gertrud lo recogió como quien recoge a un cachorro herido, y se lo llevó a casa envuelto en un paño. Luego lo limpió, lo embadurnó con pintura púrpura, le cambió el cordón y lo posó en el tercer estante de su biblioteca de autores célebres.